

NOSOTROS

PRÓLOGO

AL "NERÓN" DE AGOTE (1)

Nunca he podido hacerme un juicio preciso del personaje cuyo amplio estudio ha emprendido y presenta á la consideración de la opinión literaria y científica del país, el ilustrado autor de este concienzudo trabajo de historia general, biográfica y especialmente clínica. Ni creo que hubiera podido lograrlo, aún si me hubiera sido dado continuar con el amor y la asiduidad de mi primera juventud en el cultivo de los que fueron mis genios literarios familiares. Menos, pues, me sería posible pretenderlo ahora cuando se me solicita este prólogo, después de muchos años de una necesaria orientación de mis disciplinas en espacios donde el humanismo sólo se deja ver bajo la faz interesante pero muy restringida de la ley y, pocas veces, en el texto y en el alma de los grandes escritores sociales.

Y no es que escasee el material, antes bien es abundante y copioso en informaciones del más intenso interés; pero ni Suetonio ni Tácito ni Dion ni los elementos auxi-

(1) «Nerón» Los suyos y su época, por *Luis Agote*, profesor de la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Con un prólogo del Doctor Osvaldo Magnasco — Buenos Aires 1912. J. Lajouane y Cía., editores Calle Bolívar 270.

liares encontrados en las obras de Séneca, de Lucano, de Petronio, de Plinio, de Eutropio, de Plutarco, etc., y en el *Corpus inscriptionum* incesantemente engrosado, permiten discernir con exactitud la rígida verdad, investigada sin embargo durante largos siglos con la más noble y encarnizada pasión científica.

Queda sólo un juicio genérico en pie, un juicio de conjunto: el personaje aparece repulsivo aún en el diseño de sus escasos vindicadores parciales, pero no ha sido posible hasta aquí, y probablemente ya no lo será más, el examen sin graves deficiencias y grandes vacilaciones, de su carácter, de su temperamento, de su educación, de sus actos, de su conducta y sobre todo, si la tuvo, de su especial neuropatía.

No significa ello, ciertamente, dar cabida en mi espíritu á una tendencia atenuante y mucho menos absolutoria de su múltiple acción histórica y personal. Demasiado pesada es la unanimidad de todos los tiempos para atreverse, como ha habido quienes lo pretendieran, á reconstituir la figura al parecer definitivamente aplastada de este llamado héroe de la degeneración moral, con sentimientos parecidos á los de aquellos que á raíz del infeliz suicidio, majistralmente relatado por Suetonio, llevaban todavía con piedad encantadora al sepulcro del matricida, simbólicos manojos de flores primaverales. Pero, la verdad es que ese material suscita á menudo dudas muy serias y, muchas veces, relega el juicio de los historiadores al plano de las meras conjeturas más ó menos interesantes ó al de las simples divagaciones literarias.

Sabido es que han sido Tácito y Suetonio quienes han dado la pauta, hasta aquí inalterable, del criterio con que todos los tiempos han juzgado á Nerón, dibujando el uno con los puntos de fuego de su estilo vengador, el otro con formidable exuberancia de pormenores, la figura siniestra de este príncipe. A pesar de las merinas experimentadas por el texto, de las interpolaciones y correcciones á que ha sido irremediablemente sometido, no ha quedado la más leve arista que no haya sido expuesta á la luz por esos dos eminentes escritores. Pero ni la genial maestría con que lo pasea el uno por el campo siempre luminoso de sus comentarios, ni la punzante frialdad con que el otro lo diseña y descoyunta, han podido ocultar del todo, no obstante sus confesadas precauciones, por lo menos esa secreta complacencia artística con que los hombres

de letras suelen perturbar las augustas funciones del historiador.

Sin duda, no tan intensamente en Suetonio como en Tácito resplandece la pasión deslumbradora del alto relato literario, bien que á veces haya también en el primero páginas no superadas por el otro; pero los dos denuncian, si en grado diferente, más ó menos claramente siempre, eso que podríamos llamar la fruición avasalladora del estilo.

Imposible en la síntesis obligada de un prólogo, y mucho más tratándose de un prologuista ya sin frescura alguna del detalle, que traduce rápidamente conceptos personales de antigua data, detenerse en la demostración de aquellas afirmaciones extrayendo del propio texto elementos me parece que concluyentes de convicción; pero, si es verdad que el Tácito de los *Anales* ha avanzado en mucho en cuanto á las severidades de estilo al de la *Vida de Agrícola* y *La Germania*, amansando las vehemencias oratorias de su *enarratio*, también lo es que el escritor no ha perdido, aún en sus últimos perfeccionamientos, ni los defectos capitales de su genio ni los de su raza ni los de su tradición y, menos, los de su ambiente literario.

Empero, no constituye éso lo más grave en el asunto. Al fin la gran historia singularmente, pasa por ser obra de arte y hay que admitirla así con ese atributo ó característica primordial. Obra humana sobre cosas humanas, juicio de hombres sobre acciones de hombres, es natural que refleje siempre y en cada caso las peculiaridades de toda especie, positivas ó negativas, del historiador ó del cronista, transparentándose á través de la trama literaria la distinta personalidad de cada autor. Las normas del relato histórico, si deben ser uniformes, se hallan inevitablemente subordinadas á las modalidades de la interpretación y aplicación individuales, con lo que ya sabemos que, si se da á conocer y se salva así el genio del narrador, suele padecer la estricta verdad y resultar alterado el ideal equilibrio que la constituye.

Empero, decía, no es eso lo más digno de atención en el punto, sino otros aspectos que conviene ligeramente considerar.

¿De dónde han obtenido uno y otro los materiales de su relato? ¿Qué autoridad intrínseca tienen las referencias de su documentación? Y si la tuviesen indiscutible ¿qué uso han hecho de esos materiales estos dos encumbrados historiadores y los que inmediatamente ó mucho después los siguieron?

Podemos decir que los dos escriben en la misma época. La diferencia es, en este particular, tan breve sobre todo en relación al reinado del sujeto tratado por el autor del presente libro, que bien podemos dispensarnos de apreciarla en cuanto concierne á los fines de las interrogaciones formuladas. Además, ambos entendían correctamente los deberes fundamentales de su ministerio. Al menos, lo inducen á creer así la propia obra y la honrosa biografía de cada cual. Eran ellos de la más relevante austeridad, honestos, graves, estudiosos y prolijos. «El muy íntegro, el muy honorable, el muy sabio entre nuestros romanos», decía Plinio de Suetonio en carta dirigida al emperador Trajano. Suetonio residía entonces en el hogar de su amigo y, en esa íntima y serena convivencia de estudiosos, habían aprendido á conocerse mutuamente, sondadas las recónditas profundidades de la inteligencia y del corazón. «Amaba en él — añade el autor de la carta — sus costumbres y su erudición; pero ahora, cuando de más cerca le he visto, tanto más atraído hacia él me he sentido».

La misma interesante colección de Epístolas registra algunas referentes á Tácito. Ellas podrían darnos material suficiente para trazar los rasgos más expresivos de la prestigiosa figura moral del famoso autor de las Historias — también de la intimidad de Plinio, que lo reconocía su consejero y modelo — si fuese necesario en nuestros tiempos ensayar un retrato del más difundido y celebrado de los historiadores latinos. No sé si Quintiliano pudo referirse á él, pero la verdad es que la alusión le cuadraría; «Para honor de nuestra época, tenemos un escritor que, comprendido hoy, dará que hablar después. Tiene más admiradores que imitadores. Le perjudicó su libertad. Se ha mutilado sus obras, pero lo que de ellas queda, lleva el sello indeleble de su genio y de la generosa osadía de sus sentimientos». Podría Marcial atreverse á decir con más admiración que fundamento, *Crispus romana primus in historia*, pero es lo cierto que en punto á firmeza moral, Salustio no dá materia para un parangón con ninguno de aquellos dos. Puede que el dato del brillante escritor de la *Conjuración*, sea como yo lo creo, generalmente verídico y exacto, insuperable su arte de referir, cálida y elegante su frase, vivo y vigoroso su concepto, preciso y cortante su estilo, irresistible su descripción, pero es á menudo sospechosa su crítica, apasionado su juicio, avara su generosidad, fácil su encono y como todos, y acaso más que todos, de temperamento hecho para encerrar la historia

en la zona eminentemente literaria de la emoción dramática. Se explica así que el poeta prefiriera á Salustio: el agudo y popular artífice de los *Epigramas* nunca habría hecho, sin duda, el largo viaje de su «connacional», aquel conmovido español que se largaba de Cádiz á Roma nada más que por tener la satisfacción de conocer, siquiera fuese de vista, á Tito Livio.

Tácito y Suetonio prepararon largamente su obra. Los dos aprovecharon el prolongado paréntesis de un retiro forzoso, debido tal vez á causas análogas, «apartando la vista del presente para darse á la contemplación de las cosas del pasado». La simple lectura de los *Anales* ó de la *Vida de los Césares* deja desde luego ver, singularmente ésta última, que ellas no han podido ser hechas sin una extraordinaria asiduidad en la anotación — hábito, por otra parte, muy nacional — y un copioso arsenal de historias, crónicas y documentos investigados en los archivos públicos y particulares. Bien podría decirse en el caso que ambos hicieron honor á su respectivo apelativo: callado y grave el uno, paciente y tranquilo el otro, fueron silenciosamente acumulando durante muchos años los numerosos elementos primarios de su libro.

De la meditación de que los hicieron objeto, penetrándolos y ponderándolos, responde la fuerte complexión intelectual de cada uno, las severidades de su método, bien que muy distinto del moderno, y el hábito cómodo y proficuo de la conversación en cenáculo íntimo ó en un comercio intelectual mantenido con verdadero fervor, ya sobre puntos dudosos de información y crítica, ya sobre cuestiones generales de historia ó especiales de la labor que preparaban. Recordemos, siquiera sea de paso, resistiendo las poderosas cautivaciones del tema, que ese cenáculo, flotante pero activo, se hallaba constituido por un verdadero almáximo de eminentes de la más fina selección mental. Eran, entre muchos otros, el viejo consejero de la juventud, Quintiliano, maestro en el saber y en el decir; Plinio, un investigador incansable, erudito elocuente y, todavía, dulce en su manera y en su trato, pero tan altivo y firme como generoso; el austero Aruleno, analista curioso y narrador entusiasta cuyas prendas de inteligencia y de corazón mortificaban tanto al brutal Domiciano; Arriano y Luperco, tenidos por árbitros literarios de singular autoridad; Pompeyo Saturnino, abogado insuperable, muy dado también á los esparcimientos de la poesía tierna, que producía con admirable amenidad y fluidez, y á las

labores de la historia á las que parece haber contribuido con brillantes narraciones; Capiton, el del porfiado apego á los recuerdos de la república grande, á cuyos más austeros personajes rendía apasionado culto; Neracio Prisco, de quien siempre han de guardar especiales recuerdos los cultores del derecho y á cuya severa ponderación de criterio pensó un día Trajano dejar su sucesión; Silio Itálico y Marcial, tan conocidos; Helvidio, el virtuoso héroe de la resonante *Defensa* de Plinio; Corelio, el más simpático de los viejos del tiempo, «prodigio de sabiduría y probidad», hondamente paternal y generoso y tan récio en su pensamiento y en sus propósitos que sabe esperar obstinadamente la muerte del tirano para darse la suspirada satisfacción de liberarse enseguida de sus largos é insoportables padecimientos físicos; y, sobre todos, aquel grande Virginio Rufo, oráculo de todos los estudiosos, acaso la gloria civil más intensa de la época, el mismo que en varias ocasiones rehusa el imperio, aquel Virginio Rufo sobre cuyas lloradas cenizas toca á Tácito el difícil pero magnífico deber de la oración fúnebre, — *laudatus est a Cornelio Tacito* — «porque la fortuna, siempre fiel á Virginio, tenía que reservar á sus virtudes, como suprema gracia, el honor de un panegirista semejante»...

Menos amante de la minucia, Tácito bebe sin embargo en las mismas fuentes del otro, también tenazmente rebuscadas y estudiadas, pero con un criterio de síntesis y de generalización tan diverso del analítico y expositivo de Suetonio que, no obstante la llamativa paridad de la referencia y la general coincidencia del juicio, sostenidamente implícito en el uno, terriblemente categórico en el otro, resultan las dos obras de la más saltante diferencia. Son dos monumentos genialmente contruidos, con igual material é idéntico propósito, pero bien se vé que por dos artistas de temperamento, conceptos y escuelas diversas.

Más todavía en Suetonio que en Tácito percíbese el predominio de la tradición y la leyenda, al extremo de que, considerada la excepcional versación científica y literaria del primero, me he inclinado muchas veces á creer que su ríjido relato no fuese más que el anteproyecto de una grande y verdadera historia. Pero, descartando digresiones sin duda interesantes, corresponde decir ya que precisamente en ese notorio predominio del factor tradicional está uno de los más graves defectos de ambos, quizá el más grave de todos, porque por más que ellos expresen lealmente á cada paso con un discreto *dicatur*,

refertur, traduntur, fama est, etc., el origen de su información, los dos se dejan en definitiva influir por ella, como que nada hay que ofrezca mayor peligro de inducción que el testimonio oral, la referencia anecdótica, el incentivo sugestionador de la tradición y el encanto tantas veces irresistible del cuento.

No se necesitaba dejarlo averiguado, como ya lo está, que los dos eran movidos á escribir la historia de los reinados precedentes no sólo por ese legítimo anhelo de gloria tan consustancial con el espíritu romano que ellos confiesan ó transparentan en su obra y en su correspondencia familiar, ni únicamente por llenar los fines útiles ó educativos de la narración histórica, de acuerdo con el concepto general y el más especial que ellos tenían, sobre todo después de las magistrales lucubraciones de Cicerón y las solemnes exposiciones de Livio, sino también con el propósito, en los tiempos dudosos, de prevenirse de la aterradora reincidencia del príncipe bárbaro y, en los más serenos que les tocó á veces vivir, para labrar la elocuente antítesis sobre cuyo vigoroso claroscuro se destacaran fuertemente los prestigios y la gloria del reinante.

Recordemos también sin extenderme en explicaciones que me quitarían un tiempo de que desgraciadamente no dispongo, recordemos el espíritu esencialmente extremo y vehemente de la raza. Si no puede decirse que deteste, es por lo menos indiferente á la estéril indefinición de la media tinta y, hasta cuando predica y aconseja la mediocridad, la desea de oro, — *aurea mediocritas!* La historia romana es intensamente dramática porque su pueblo está perpetuamente templado en el drama, en los conflictos pasionales en cuyos relámpagos le gusta sumergirse. Tiene conceptos grandes de la vida así individual como colectiva y, en cuanto á la pública, social ó política, literaria ó científica, toda ella parece estar como suplicantemente orientada hacia los ojos de la posteridad. La ingénita grandiosidad de sus conceptos ordinarios, al fin consolidados en instintos, determina la heroica audacia de sus vistas, de sus ambiciones, de su discernimiento, de su crítica, de sus preferencias y repugnancias, de sus odios y predilecciones. Una alianza romana suele ser el mejor gaje de confraternidad, como un odio nacional será siempre un odio vivo y activo, hasta después de vencido, hasta después de muerto el sujeto odiado. Es refractario, pues, á los términos medios, aún en su política, tan sabia y eficaz de ordinario. De ahí que un contemporizador, por ejemplo,

llame tan intensamente la atención que pueda hasta generar apodos históricos. Los «Cunctator» son, en lo general, especies raras en aquella ardiente y vivaz psicología.

¡También, estaba hecho ese pueblo de oriente, de griego y de «bárbaro», de esplendor y de fuerza; de pompa, de arte, de atrevida y emprendedora virilidad, en fin, de todo cuanto había hasta ahí existido de más excelso. Porque Roma es el resúmen, la síntesis de la humanidad precedente y del mundo antiguo cuya conquista ha producido no principalmente con sus legiones, sino con su temperamento, en esa lenta y brillante absorción asimilativa que deja en su fisonomía y en todo su ser los rasgos más propios y fuertes de las grandes civilizaciones con las que se nutrió, sustanció, agitó y se hizo como nadie influyente y prestigiosa para todos los tiempos que la sucedieron y nos sucederán.

Descartemos de este ligero preámbulo, de pura presentación crítica, las recomendaciones de orden educativo que fluyen de ese carácter tan integralmente humano de la vida romana — seguros, por lo demás, de que no será alterada entre nosotros la convicción universal de contener ella, como en potencia y en acto, en detalle y en síntesis, en tesis y en antítesis, las mejores sugerencias en punto á educación privada y pública — para decir ya que los acontecimientos y personajes presentados ó descriptos por los dos recordados maestros, deben ser acogidos con honrada reserva. Tan austera su probidad como se desée y era efectivamente, tan fino y cauteloso su escrúpulo, tan puro y amplio su concepto, tan derecho y firme su propósito de escribir *sine ira et studio*, tan robusta y admirable su técnica y su pericia, es forzoso reconocer que la historia tenía que resultar en sus manos, menos una obra de verdad rigurosa que de literatura narrativa, de intencionada crítica y de edificación moral. Ni su temperamento ni sus gustos ni su medio ni su material daban para más.

Admira desde luego la general fragilidad del material informativo ó, al menos, la sensible escasez de una documentación felaciente. Escriben ambos con las historias y crónicas más ó menos contemporáneas de los actores y sucesos de que tratan, no obstante haber ellos mismos, singularmente Tácito, denunciado con elocuente severidad los padecimientos sufridos entonces por la libertad en general y, sobre todo, por la libertad de escribir y aún de pensar. *Libertatis imago* — sombra, fantasma de libertad, llega hasta exclamar Tácito al traducir los recuerdos y

tradiciones de esos menguados tiempos anteriores. «En vida de los tiranos — dice — mienten de miedo; luego de muertos, mienten de odio». «Cuando el poder — añade en otra parte — pertenecía al pueblo romano, su historia se escribía con no menos elocuencia que libertad. Después de la batalla de Accio, la verdad ha sido por muchos modos afectada: primero, por ignorancia de los negocios, abandonados al extranjero y, después, por ese afán (*libidinem*), por ese furor de adulación ó de odio al imperante, que es el mal romano por excelencia». ¿Y habrémos acaso olvidado aquella su resonante frase, aprendida en las bancas mismas del colegio, en la que elogiando los días serenos y estimulantes de Nerva y de Trajano, exclamaba: *rara temporum felicitate ubi sentire quæ velis et quæ sentias dicere licet* — rara felicidad de tiempos en los que es permitido opinar lo que quieras y decir lo que opines?...

Ya se sabe que ambos manifiestan apartar de su obra los datos y críticas que les parecen sospechosos; que, sobre todo en el relato de los sucesos graves, suelen revelar la más digna circunspección — *vix quidquam firmare ausim*; que tienen referencias directas y autorizadas — *audire me memini*; y que en ocasiones llegan hasta exhibir el documento original que resuelve concluyentemente una controversia ó una duda — *venere in manus meas pugillares libellique cum quibusdam notissimis versibus ipsius chirographo scriptis*; pero eso es lo excepcional, siendo fácil ver que la mayor parte de la sustancia diré documentaria de sus libros está constituida como por sedimentaciones del ambiente é imbuida, de reflejo al menos, de apasionamiento, de prejuicio y aún de falsedad, involuntaria, pero falsedad al fin.

Por eso, grandes como son, resultan á veces deplorablemente excesivos, por lo menos en el color, y crédulos hasta la maravilla. Asombran las grotescas simplezas que dicen de los cristianos y aún de la Judea. Se explica así la ardiente aunque injusta imprecación del gran Tertuliano al llamar á Tácito *mendaciorum locuassissimus* — cuentero, fertilísimo en mentiras. Si su información fundamental fuese de la misma calidad, ya puede presumirse el crédito que merecerían sus referencias y por tanto sus críticas. Brillantes historias á lo Dumas como esas de César ó de los Luises de Francia tan genialmente novelizadas por el insigne escritor francés. Y bien pudieron ambos investigar mejor en el importante — cuando menos interesante — asunto que he recordado, y no salirnos, especial-

mente Tácito, con la burda fábula del asno de la que no se sabe cómo ha podido hacerse seriamente eco.

La nota tan repetida de los presagios, daría pena si, al fin, no resultase ingenuamente pintoresca y, en cuanto á la supersticiosa, aguda á más no poder en Suetonio, perturba el hondo sentimiento de admiración y reverencia que ambos inspiran, produciendo no sé qué incómoda sensación como de contrapelo. «Los Enobarbo deben su sobrenombre á Lucio Domicio. Regresando éste del campo cierto día, saliéronle al encuentro dos jóvenes de formas celestes que le ordenaron anunciar al senado y al pueblo una victoria estimada incierta todavía. Para probarle su divinidad, le acariciaron las mejillas y, de negra que era su barba, se convirtió en roja como el bronce. El distintivo pasó á sus descendientes que en su mayor parte fueron también de barba rojiza» — *rutila barba fuerunt!* Por supersticioso que Suetonio fuese — y lo era tanto como cualquier vulgar romano (v. carta de Plinio, N.º XVIII Colec. NISARD), me parece que ese y otros detalles semejantes dan derecho á poner un poco de duda en algunos pormenores de su relato y muy particularmente en lo que podríamos llamar su crónica escandalosa.

Me era necesario apuntar siquiera estas cosas tratándose de apreciar la importancia científica del libro, largamente estudiado y preparado, del Dr. Luis Agote. Constituye él un ejercicio literario sobre campo histórico, pero de objetivo clínico, á lo Jacoby, y era precisamente un trabajo así el que más requería la crítica aunque fuese ligera que acabo de bosquejar. Obras de tendencia semejante exigen una rigurosa exactitud del detalle que ha de constituir el cuadro clínico, so pena de errar el diagnóstico ó de extraviarlo por tortuosidades incompatibles con la ciencia.

No obstante la vasta erudición revelada por el autor, su prolijo conocimiento de las grandes fuentes de la historia romana en el exuberante período de que se ocupa y la inalterable sinceridad de sus observaciones y juicios, toda la voluminosa obra viene impregnada de espíritu profesional predominando en ella el criterio cerrado del semiologista. El fondo histórico del libro, tan sustancialmente tratado como lo ha sido, es en mucho sólo un pretexto, un incentivo, un caldo de cultivo para su bacilo. Su plan es genuinamente médico, como lo son su método, sus procedimientos, sus conceptos dogmáticos y generales y sus conclusiones. La exposición, en ocasiones pomposa, vivaz, mag-

nífica y entusiasta siempre, literaria sin disimulos bien que de trama cuidadosamente ceñida á las fuentes latinas, no altera el carácter peculiar de este estudio á través de cuyas páginas, interesantes é instructivas, se transparenta siempre el profesor de clínica médica inclinado sobre su paciente, interrogando, palpando, auscultando, percutiendo, tocando puntos dolorosos é indemnes, mostrando relieves y depresiones, lesiones anatómicas y deformidades funcionales, en ansiosa procura de una filiación morbosa específica.

Es claro que no podían pasar desapercibidos á la experta penetración del profesional los insuperables inconvenientes de su empeño. Si la clínica es la más alta culminación de las disciplinas médicas, fácil es presumir el grado de destreza y de experiencia en un profesor de la materia. Ciencia inductiva, de observación y sistematización, ninguna exige más fino y riguroso escrúpulo en el análisis y selección de los particulares que conducen al diagnóstico. La falsedad de una minucia por insignificante que sea, introducida en el conjunto sintomatológico, puede desorientar en absoluto la inducción y alterar gravemente los resultados, en la manera que un cuerpo extraño, por ínfimo que fuese, introducido en las delicadezas de un mecanismo, puede obstruir y aún impedir su regular funcionamiento. Es cierto que suele valerse ella de muy complicados andamiajes y ser muy lentas y difíciles sus elaboraciones, pero no puede asentar el ladrillo sin la seguridad del material y de su homogeneidad y ajuste en la hilada, en la pared y en la total construcción. Si por cualquiera circunstancia, defecto objetivo ó subjetivo, no edificara así, se despeñaría en el adefesio ó se perdería en lo imaginativo y, á veces, en lo grotesco y en lo ridículo.

El Dr. Agote, que tiene á este respecto un lastre científico sin duda mucho más vasto y ponderado que el de las ideas generales anteriores, debió darse cuenta de primera intención de aquellos graves inconvenientes, pensando como ahora su prologuista, que había mucho que decir de las historias antiguas si se las quería adoptar como fundamento clínico de un diagnóstico psicopatológico. Y entonces, procurando orillar el temible escollo, abrazó lo que podríamos llamar la teoría de las verosimilitudes, según la que el dato clásico sería verídico y aceptable mientras fuera lógicamente verosímil, y verosímil, mientras conviniera ó ajustara en el cuadro de una determinada entidad nosológica,

tal como estuviese definida é individualizada por los dogmas y conclusiones de la ciencia de nuestros tiempos.

Así, con manifiesta sagacidad, dice él: «Las dificultades de este trabajo de psicología social al través de una familia, estriban casi siempre en la falta de la respectiva documentación, pero cuando, como en el caso actual, existe á manos llenas, la tarea hácese fácil, permitiendo llegar á conclusiones que si no son la verdad misma, caben lógicamente dentro de ella. No olvidemos que estos acontecimientos tuvieron lugar veinte siglos atrás. Por otra parte, nosotros no hacemos historia. Sus minuciosidades ó sus controversias no nos atraen ni tienen cabida aquí. Tomamos los hechos tal como nos los presentan las fuentes clásicas y generalmente aceptadas. Las divergencias sólo pueden preocuparnos en el caso de que el hecho no encuadrara dentro del modo de ser mental de cada sujeto. Cuando se afirma que Nerón ó Calígula hicieron tal cosa, discutida más tarde por un autor hábil en mostrarnos las contradicciones de la historia, hacemos uso para resolver el punto, de aquella fórmula tan conocida: «dadas las condiciones tales y el modo de ser de N., si éste hubiera hecho ó podido hacer tal cosa».

El ilustrado profesor de nuestra Escuela de Medicina tendrá que convenir en que las declaraciones transcriptas, sin duda impregnadas de hidalga franqueza, pero vagas y en partes arbitrarias, se hallan á alguna distancia del cuadro de recomendaciones aconsejadas por la técnica médica á la prudencia clínica. Con ellas nunca sería posible conducir la delicada operación de la diagnóstico, es decir, la operación trascendental de la penetración inductiva, sino por caminos inseguros y á menudo de simple aventura, y abrigo la certidumbre de que, en la sala, no procedería ni procede él así. Desechar la controversia histórica, ó sea la expurgación del dato fundamental, sería como pasarse sin cautelosas ratificaciones, por la historia que le ofreciesen personas apasionadas ó interesadas, ya en ocultar ó atenuar, ya en alterar ó acentuar, los antecedentes hereditarios ó particulares del sujeto en estudio, siendo de ese modo evidente que el maestro haría el diagnóstico de la enfermedad teórica determinada por el relato del historiante y no el de la real y precisa patología de su enfermo. Es un poco el caso de las consultas letradas en que los apremiados por una situación legal difícil, se van á los estudios sin más documentación que sus referencias verbales pretendiendo por un sistema de hábiles ó de te-

merasas ocultaciones, disuadir al abogado y convencerle de la justicia de la causa que le llevan, en la dichosa creencia de que, en el pleito, la contraria ha de ser irremisiblemente lerda y, el juez, bizco ó ingenuo.

Con ese método de las eliminaciones aclaratorias, «tomando los hechos tal como nos los presentan las fuentes clásicas», es por idénticas razones evidente que las conclusiones, por rigurosamente lógicas que sean, tienen que adolecer de los mismos vicios esenciales de incertidumbre, de error, de falsedad, de los particulares tan llanamente aceptados como premisas. Y no quiero decir con ello que el autor de este esmerado estudio pudo haber aspirado á una mejor exactitud de antecedentes — con sobrada razón ha manifestado él tratarse de sucesos producidos veinte siglos ha — sino tan sólo que con ese material clásico, tan fundadamente discutido, era ilusión pretender llegar con tranquilizadora seguridad á definiciones y juicios de inconvencible fijeza científica. Por eso, al comenzar este prólogo, tracé mi profesión de fe al respecto, diciendo que nunca había logrado hacerme un juicio preciso del famoso personaje estudiado en las presentes páginas.

Se explicaría en todo caso una opinión de conjunto, un juicio, diré, de impresión más ó menos científica, aproximativo en cuanto á lo más fundamental, conclusiones meramente generales como las de esos expertos de la diagnosis á quienes basta algunas veces la facies del enfermo, vista desde la puerta de la sala, para adelantar una sospecha que el examen posterior confirma; pero no creo que la intuición, por genial que sea, pueda ni deba llegar así tan desenfadadamente á lo diferencial ó específico porque, sobre todo en medicina y singularmente en el denso malezal de las neuropatías, para llegar del género á la especie suéle haber tan graves dificultades, que el viajero se quede en el atajo ó vaya á desembocar muy lejos de su objetivo y de sus esperanzas. Recordemos de paso que ni la epilepsia de César ha podido ser diagnosticada y que cuanto se ha dicho al respecto resulta ahora de la más entretendida temeridad científica.

Que Nerón fuese un degenerado de su raza y de su familia, un anormal, un psicópata, un loco moral, un vesánico, parece resultar verosímil ó probable. ¿Qué tendría ello de extraño en una sociedad decaída, degenerada, anormal y psicópata ella misma? La locura moral, la vesania estarían tanto en ella como en Nerón, como que las pro-

fundas perturbaciones del criterio y sobre todo de la voluntad y de la afectividad, constituían las lacras confesadas del alma colectiva. Bastarían para suponerlo así, las obras de Séneca: códigos de impecable moral escritos por un ultradegenerado de la voluntad. Roma era entonces un magnífico estercolero. La brillante opulencia traída por los avances de su predominio en el mundo, había consumado ya la obra degenerativa en sus últimos degradantes aspectos. No se corrompen más fácilmente los hombres y los pueblos, como que el bienestar físico es de ordinario, al revés de lo que se cree y con tanto ardimiento se persigue, la anulación del esfuerzo, la molicie, la inercia, el servilismo, la abdicación y el renuncio moral, causas y efectos á la vez del más activo de los factores subalternizantes: esa como trepadora lujuria que embriaga y exacerba el sentido externo á expensas del íntimo, que exalta la materia y le prosterna el espíritu y concluye por divinizar la bestia ofreciéndola é imponiéndola al alma humana como el ideal supremo de la vida. Así han ido, sin una sola excepción, los hombres y los pueblos, por entre las glorias malsanas de una traidora sensualidad, á su indefectible pudridero. Si Nerón lo dijo, como Suetonio lo cuenta, quizá tenía razón: «estoy persuadidísimo de que no hay hombre cuyo cuerpo, siquiera en alguna parte, no esté impudicamente prostituído — *neminen pudicum aut ulla corpori parte purum esse*. La mayoría disimula sus vicios y los oculta mañosamente. Por eso perdono sus delitos á los que tienen la franqueza de confesarme su lubricidad». Así estaba la Roma de los tiempos de Nerón.

Apartémos, no sólo por triste sino por sabida, esta larga página de la vida romana, por lo demás admirablemente estudiada y reflejada en el libro del doctor Agote. No desde Augusto sino desde muy poco después de las guerras púnicas, pudo vibrar su profético anatema la estrofa cantante de Horacio:

Qué no desgasta destructor el tiempo?...
 Nuestros padres, que en vicios superaron
 A sus antepasados corrompidos,
 A luz nos dieron á nosotros peores,
 Y ha de tocarnos, infelice suerte,
 Engendrar una raza
 Más viciosa y perversa todavía!

No sería muy aventurado, pues, un juicio así general de este príncipe, si sus taras eran las sociales, sus vicios los de su época, sus crímenes los de su medio ambiente, su enfermedad la de casi todos sus contemporáneos. Ob-

sérvese, para creerlo mejor, que la idea cristiana asoma en la Urbe precisamente á esa hora. Quitémosle el carácter religioso que trae, para no considerarla sino como energía histórica remodeladora del mundo moral, y comprendéremos cómo aquel cuerpo social no podía ir más lejos en su proceso de descomposición cuyos supremos límites estaba tocando y por eso llegaba ya la marea, pues la Historia nunca equivoca el momento y desata el haz de sus fuerzas de reserva sin el más leve apuro, siempre con providencial oportunidad. Nerón debió así ser un fatal exponente. Acaso otro en su lugar hubiera sido igual y habría derecho á pensarlo, tan nítidamente se percibe la gradación criminosa y degenerativa de la serie de importantes que en él culmina. De Augusto al «zapallo» de Claudio — zapallo, según la pintoresca pero expresiva alusión de Séneca — la decrepitud moral parece acentuarse formidablemente obedeciendo á una ley biológica por demás conocida. ¿Qué habría, entonces, de ser el sucesor inmediato? Dentro de la lógica suprema de la historia ¿era posible esperar un Marco Aurelio, por ejemplo? No, esa sola ley de biología nos podría permitir una sospecha, desde la puerta de la sala, sin siquiera ver las facies ó la catadura patológica del sucesor.

Jacoby, cuya alta autoridad médica está por todos reconocida, y es indudablemente uno de los que han estudiado más profunda y brillantemente estas dinastías enfermizas, procurando derivar de los hechos de la historia las leyes de la degeneración gentilicia, dice eso mismo en otra forma. «Hay una circunstancia, observa, que llama la atención del genealogista y del médico, y es que cuanto más elevada es la posición social de una rama de la familia, más rápidamente degenera ella, se bastardea y desaparece por la esterilidad y por los casos de muerte prematura. Y dichosa si todavía escapase á la locura y al crimen! Así vemos continuamente á las ramas menores y espúreas sustituirse á las mayores y legítimas. Pero, una vez colocadas en iguales condiciones, esas ramas recorren el mismo círculo de transformaciones patológicas». Es la ley biológica de la degeneración progresiva que antes he apuntado.

Pero ¿sería lícito inferir de ahí su exacta clasificación científica? ¿Podríamos de veras, dar por «comprobado que Nerón, el último de su raza, no era más que un pobre enfermo» y, sobre todo, «un degenerado superior» de los estudiados por Magnan, «un asténico moral», capaz de dis-

cernir y de querer el bien, pero incesantemente vencido en su voluntad por incoercibles impulsos morbosos? Eso es lo que estimo una demasía de la diagnóstico, porque las «fuentes clásicas» son á todas luces insuficientes, documentaria y aún moralmente, para suministrar las bases de una conclusión diferencial tan asertiva. De la admisible generalidad de su locura moral no puede pasarse sin riesgo de error, á una especificación diagnóstica tan precisa como la que el Dr. Agote formula, y es lo cierto que, aun dando á aquellas fuentes una rigurosa autoridad clínica, que evidentemente no tienen, el investigador no logra desvanecer sus dudas ni su perplejidad. Unas veces se crée á Nerón tan mentecato como Claudio, víctima de la más completa idiotez moral, un ciego de los de la clasificación de Schüle y, el autor de este libro no negará que las revelaciones escandalosas de Suetonio y ciertas referencias y juicios de Tácito, nos ofrecen material bastante para inclinarnos á pensarlo así. Reputo innecesario, para justificarlo, recordar aquí las increíbles turpideces que ambos escritores le atribuyen fundados en tradiciones frescas, recogidas me parece con menos criterio de historiador que fruición literaria. Otras veces dá la impresión de un infeliz secuestrado en cuyo nervio enfermo se hubieran ido paulatinamente enroscando las más ponzoñosas culebras de palacio y, si debiéramos atenernos á sus opiniones y resoluciones jurídicas, al claro criterio con que aparece abordando algunas cuestiones de derecho, grandes y pequeñas, y aún á la firme manera de imponer su opinión y su voluntad en controversias y emergencias difíciles, acaso nos sintiésemos inclinados á creerle aviesamente lúcido y fuerte, así en lo intelectual como en lo moral y, por tanto, plenamente responsable.

Eso revela la razón de la profunda perplejidad en la que al fin nos sumerge el examen del material llamado clásico, deficiente y en ocasiones contradictorio. Pero los inconvenientes se agravan todavía si volvemos á recordar los caracteres de la obra de los historiadores, sus defectos fundamentales, sus grandes lagunas documentarias, su excesivo colorido, sus tendencias y fines, pues entonces la teoría de las verosimilitudes se deshace en las manos y la aspiración al diagnóstico exacto se torna una noble quimera, siendo fácil convencerse de la irremediable imposibilidad de clasificar con exactitud á Nerón dentro del vasto casillero neuropático. Así, pues, ni prestando entera fe á las «fuentes clásicas» ó desconfiando prudentemente

de ellas, ni desechando la referencia antigua ó haciéndonos eco dócil de las pasiones de los contemporáneos ó de los biógrafos, nos es dado, en mi sentir, pretender tan precisa clasificación.

De ahí que Culerre en su reciente monografía sobre la locura en la Historia (*Traité International de Psychologie Pathologique*, Director A. Marie, vol. III. 1912) al adoptar como base de sus análisis las referencias y consideraciones de Jacoby, se crea honradamente obligado á advertir que «en cuanto á los resultados del presente estudio, hácese necesarias las reservas, pues en ausencia de una documentación original y de primera mano, ese estudio no puede apoyarse sino sobre las afirmaciones de los historiadores de los tiempos subsiguientes».

Con lo expuesto ya puede presumirse la importancia de la contribución literaria y científica que el Dr. Agote ofrece hoy á la alta cultura del país. La elaboración de su libro ha debido requerirle copiosas lecturas y un trabajo ingente y delicado de selección y acomodación. Su dominio de la vasta materia aparece completo, sobre todo en cuanto concierne á la más honda filiación del sujeto estudiado. El Dr. Agote es un finísimo genealogista. Como pormenores más interesantes puedo recordar, según la intensidad de la impresión que me han producido, los rápidos pero sustanciosos diseños de Syla y de César, la semblanza preliminar de Nerón, el juicio firme y brillante de Séneca, las elocuentes páginas de la influencia griega y del estado social de la época, la exposición tan medular sobre la acción cristiana, el cuadro lleno de color y enseñanzas de la educación del príncipe, pero muy particularmente la magistral disección de la familia central, la Julia-Octavia, y de la descendencia de Julia la mayor, en lo que el autor del libro se revela no sólo investigador diestro, sino un operador de pulso admirable para conducir el cortante instrumento de su crítica, punccionando é incindiendo vísceras, tumefacciones y adherencias y salvando con exquisita pulcritud tejidos y órganos sanos que separa y exhibe con generosa complacencia y no disimulado deleite literario.

Lamento que mi compromiso de presentante no pueda ir más lejos, y lo lamento no sólo por el erudito escritor argentino, sino por mí mismo. Con tristeza, fácilmente presunible, comprendo que el tema no es ya para mis ocupaciones. Arrojaré entonces, después de prolongada abstención, al agua límpida, però ancha y profunda de la

antigüedad clásica, sin nuevos entrenamientos de latinidad, de esos que Milton comparaba á los ejercicios de las legiones angélicas que fueron fieles al Creador, importaría exponerse á contrariedades que, acaso, no podría afrontar ya mi declinante juventud. Por eso, bien se habrá visto que me he alejado apenas de donde toco fondo con el recuerdo, unas cuantas brazadas en parajes donde no hago pie, en la manera de esas cautelosas largadas de nadador olvidado que sabe poner su prudencia sobre las seducciones deliciosas á que tantas veces se diera sin reservas ni recelos, en aquellos dichosos tiempos en los que su disciplinada intrepidez tenía toda la tensión necesaria para permitirle hundirse airosamente en la ola y coronarla enseguida con ingenua osadía — la ola, en este caso, grande, pura, luminosa, perpetuamente reconfortante del querido clasicismo.

OSVALDO MAGNASCO.



OSVALDO MAGNASCO

por Grieben

OTOÑO

de Albert Samain

Lentamente y seguidos del perro de la casa,
tornamos por la senda que tanto conocemos.
Sangra un pálido otoño en el fondo lejano,
y en el vago horizonte pasan damas en duelo.

Como en patio murado de prisión ó de hospicio,
cargado de tristezas el aire flota opreso,
y cada hoja de oro, en llegando la hora,
cae lenta en el césped cual si fuese un recuerdo.

Almas que se traicionan, ya cansadas del viaje,
vamos, y entre nosotros va marchando el Silencio.
Gustamos en secreto la idea del retorno,
maduros como estamos á incubar nuevos sueños.

Pero tan melancólicos esta tarde los bosques
están, que, conmovidos á nuestra vez, y al menos
para olvidar un poco,
bajo el lánguido cielo,
... hablamos del Pasado...
dulcemente, en voz baja, como de un niño muerto.

EDMUNDO MONTAGNE.

EL MITO DE NARCISO ⁽¹⁾

El día de año nuevo, Clarisa quiso ofrecernos una comedia en el Salón de Prometeo. Ella misma había escrito el diálogo.

—He imaginado, nos dijo, que Narciso, cansado de inclinarse sobre las aguas en su melancólica vestidura de flores, había obtenido de las fuerzas el don de volver, en nuestro siglo, á la forma humana. Una vez más quiere intentar la prueba de contemplarse en el agua del espejo. Después de cuatro mil años de meditación y de agnosticismo, supone poderlo hacer sin que mortal languidez le sobrecoja. El vigor de su espíritu se ha desarrollado. Tiene confianza en sí mismo. Vedlo, pues, que reclama su espejo, aquel donde el hombre no podrá encontrar nada idéntico á lo suyo. Habiéndolo buscado en el viejo mundo, llega á América, donde encuentra sus tres amigas de otros días, tres viajeras conocidas en París: Bella, Maggy, Georgie, las hijas del pastor Clarke... Vais á asistir á la segunda entrevista de Narciso con su espejo verídico, presentado por esas tres gracias. Y sabréis pronto lo que pasó, por poco que toleréis las combinaciones de mi prosa inhábil, por poca indulgencia que tengáis hacia los que la interpretan.

Ese discurso fué discretamente aplaudido. Ocupamos nuestros asientos. Se descorrió la cortina de seda blanca y apareció á nuestra vista el hall de algún Splen-

Se halla en el Brasil, y dentro de poco arribará á Buenos Aires, el famoso novelista francés, maestro Paul Adam, uno de los indiscutibles de la novela universal.*

Cuarenta obras de fuerza consolidan su nombre, una vida de asidua labor garantiza su voluntad, haciendo de él uno de los más respetados literatos de la hora presente.

En homenaje al notable escritor que continúa en el tiempo la maravillosa obra de la Stendhal, Balzac y Zola, publicamos éstas páginas en las que ha sintetizado maravillosamente todas las ideas esparcidas en su vasta labor.

Nosotros se complace en saludar á Paul Adam, en nombre de la juventud literaria argentina.

dide Hotel, en una ciudad marítima de los Estados Unidos. La ciudad, el puerto, el mar, se desarrollaban en las perspectivas de la decoración.

Sentado junto á una mesa cubierta de periódicos, de folletos, de revistas, de albums, Narciso lee. Por el fondo Bella, Maggy y Georgie aparecen. Mutuamente, con asombro, señálanse á Narciso. Se acercan á él.

Bella:—(maliciosa) Buen día, señor viajero. Largo tiempo te hemos esperado...

Maggy:—(indulgente) Buen día, príncipe... Venimos á recibir al que ya no esperábamos más.

Georgie:—(misteriosa) Buen día, Narciso... Sé bien venido á nuestra ciudad, que también es la tuya.

Narciso:—Señoras mías... Sois muy hermosas... Yo os saludo.

Bella:—Reconoce á tus amigas de otros días.

Narciso:—(con vacilación) ... Oh, ciertamente.

Georgie:—¡Olvidadizo!

Maggy:—¡Ingrato!

Narciso:—Creo haberos entrevisto en mis sueños más hermosos. ¿Seréis algunas de mis ilusiones... que en esta tierra, para mí desconocida..., se convierten en reinas para recibirme?

Bella:—No lo creas. Nuestro ambiente de positivismo no se presta á la fantasía de los magos... Somos tres realidades bien vivas, en carne y en espíritu... Somos las tres hijas del pastor Clarke.

Narciso:—Ah! perfectamente... Era, pues, en Viena... No, en París...

Maggy:—Es inútil... No hagas la ficción del que simula recordar un antiguo conocimiento. El mismo nombre de nuestro padre no despertaría tus recuerdos. Esta es mi hermana mayor, Bella, y Georgie, la menor. Maggy soy yo...

Narciso:—¡Perdóname! Si no me engaño, hemos frecuentado juntos el taller de mi maestro: ¿habéis estudiado escultura en la escuela de Bellas Artes?

Bella:—Sí, príncipe, en los días que gastabas todo el barro para modelar tu estatua... que fué una obra maestra.

Maggy:—¿Y has cumplido tu promesa?

Narciso:—Ciertamente.

Georgie:—¿No has cedido al deseo de crear otras obras? ¿El éxito no te ha empujado á ir más lejos?

Narciso: — En modo alguno. Bastaba mi propia efigie. Sólo para poseerla, entera y definitiva, había emprendido el arte de la escultura. Parecíame que viéndome completo, ante mí mismo, sin cesar, corregiría más fácilmente las manchas de mi alma, que daban á mi rostro apariencias defectuosas, y que, por el contrario, daría mayor fuerza á los méritos que daban carácter á mi rostro, marcándolo con sus sellos.

Bella: — Y ese medio ¿te benefició?

Narciso: — Así lo creo... Soy más digno, Señoras, de disgustaros menos...

Georgie: — ¿Dijimos acaso que nos disgustaras? ¿No has sido el flirt de cada una de nosotras... sucesivamente?

Narciso: — Creía yo que fué al mismo tiempo...

Maggy: — (*burlona*) Oh, Narciso!

Narciso: — ¿No sois la misma divinidad en tres personas deliciosas? La vida misma no os ha separado en diez años. Os encuentro aquí, como os amé cuando paseábais las tres por las galerías del Louvre, admirando los Vinci, los Mantegna, los Watteau y los Poussin; ó levantando vuestros tres caballetes ante el Triunfo de Flora, para rivalizar en habilidad.

Georgie: — El hecho es que ninguna de las tres pudo unirse especialmente á su persona.

Narciso: — Es que, si bien recuerdo, ninguna quiso satisfacer una pequeña condición: la de...

Bella: — De pintar tu retrato ó de modelar tu busto, de manera que descubrieses los pensamientos nuevos omitidos por tu habilidad al labrar tu estatua.

Narciso: — Yo quería que la prometida fuese la que me hubiese comprendido mejor de lo que me comprendo á mí mismo... Narciso deseaba, en los ojos de su esposa, el espejo que le enseñaría más sobre sí mismo que su reflejo.

Maggy: — Era difícil.

Narciso: — Amar es saber. Amar más es conocer mejor. Quisiera ser amado más de lo que lo soy por mí mismo.

Bella: — (*irónica*) Arduo problema!...

Georgie: — ...Que nadie ha resuelto! Veo que continuas soltero...

Maggy: — Solitario...

Narciso: — Sí. Nadie me ha presentado el espejo deseado. Solamente el agua refleja bastante bien las varia-

ciones de mi pensamiento. Ella sola me reproduce totalmente. Pero ella misma no me enseña nada, además de lo que ya sé.

Bella: — (*burlona*) La onda no es más feliz que nosotras! Ni la onda, ni las mujeres de este planeta. La tierra no es más feliz que nosotras ante tu orgullo, Narciso!

Narciso: — Y, entre tanto, es tu inteligencia, Bella, la que he buscado en todas las almas que me sedujeron; y es tu saber, Maggy... y es tu belleza, Georgie. He lamentado en muchos abrazos no encontrar lo que esperaba de vosotras... Desgraciadamente, el mundo no contiene bastantes ojos de enamorados para hallar un par que en el instante del supremo éxtasis puedan enseñarme lo que ignoro de mí mismo...

Georgie: — (*coqueta*) ¿Lo ignoras? Antes, cuando éramos tres muchachas un poco frívolas que terminábamos en París nuestro aprendizaje de vírgenes fuertes, admirábamos la extensión de tu saber, Narciso. Tú no ignoras nada de cuanto descubren los creadores durante las frías veladas de sus buhardillas, durante los largos meses consumidos entre el polvo de las bibliotecas, durante los grandes viajes, á través de misteriosos continentes, y bajo las cúpulas de los observatorios, cuando centellean polvaredas de mundos, á lo largo de cálidas noches estivales. Lo que nombras todavía mi belleza tembló de amor por el universo que revelaba tu boca, y he ahí porqué una noche, en el salón de mi padre, cuando acercabas tu rostro al mío, permiti á mis labios rozar los tuyos... Narciso... ¿qué ignoras, pues?

Narciso: — Lo sé... Lo sabía... ¿Cómo ignorarlo? Ciertamente, Georgie, en este instante me mostraste algún reflejo de mí mismo, pero tan fugitivo, que apenas pude apercibirlo y que no logré deducir, de la impresión demasiado rápida, lo que tu saber mismo, Maggy, hubiera podido extraer...

Maggy: — (*amorosa*) Oh! mi saber es escaso... Entre tanto, creo haber conquistado un poco de tí por medio suyo! Recuerdo cómo me extasiaba tu porte y cuántas noches de baile, pasé, Narciso, sentada en un rincón, admirándote, joven y magnífico dios, guiando la farándula de las bacantes en trajes de luz y de flores... Descuidé las matemáticas de los números, esos amantes multiformes y que representan todas las grandezas de la Naturaleza, que nos estrechan con todo el vigor de la lógica y que nos abruman con todos los éxtasis que da la comprensión

de lo infinito, la voluptuosa espera de su aproximación... Sí, yo los descuidé por tí, Narciso, pues me parecía que la armonía de tu esplendor físico encerraba una fórmula de belleza más completa. Y he comprendido que los Números puros no son nada sin las apariencias de la vida que ellos exprimen, sin la palpitación de las carnes, el temblor de las frondas, y el cabrilleo de los ríos corriendo hacia los besos del mar... Apolo no se convierte en dios sino cuando puede ser abrazado por una musa extraviada.

Narciso:— Y es por esto, Maggy, que una mañana, en el Bosque de Bolonia donde te encontré, centauresa intrépida, me pediste para cabalgar á tu lado y me arrastraste hacia las sombras de un sendero desierto, deteniendo allí las cabalgaduras y estrechándome contra tu pecho tumultuoso?

Maggy:— (*agitada*) Sí..., sí...

Bella:— Maggy no ha dejado de quererte, Narciso, y hablando de tu imagen nos ha llenado de pasión... Hemos sentido sus anhelos y compartido las angustias de su deseo estéril... Y para que no muriera de tu amor hemos intentado la construcción del espejo, Narciso, el espejo que puede reflejar tu alma entera, el alma del hombre, el orgullo de su obra.

Narciso:— Bella, mi querida Bella... Construir mi espejo que pueda reflejar tu alma entera, el alma del hombre con que tantas veces me entretuvo vuestra inteligencia en los jardines del banquero Vogt. Cada una de vuestras palabras borraba entonces, por su evocación de triunfo, la magnificencia de las flores australianas que se abrían en sus macetas de marfil, bajo las palmas de los bosquecillos, favorables á nuestra charla. Las corolas de las orquídeas languidecían, grisáceas... Supliciado por el deseo de gustar de más cerca las sílabas mágicas de tu boca, cierta noche hundi mis labios en tu garganta desnuda, que palpitó como en el temblor del nacimiento.

Bella:— (*tierna*) Tu beso, Narciso, no dejó de arder en mi corazón. Te amo, tanto como te aman mis hermanas...

Narciso:— Oh, mis amigas, mis amantes, ideas mías! ¿Os había perdido?

Georgie:— (*dejándose admirar*) Crée que somos tú mismo! Créelo!

Narciso:— Lo creeré...

Maggy:— No dudes más... pues nosotras hemos construido el espejo del hombre... tu espejo.

Bella:— Mira!...

Narciso:—Veo el puerto, el bosque de mástiles, los brillantes escarabajos que son los monitores y los cruceros, una escuadra de guerra!... Veo la gran ciudad que el mundo llama la Ciudad de los Milagros. Veo la ciudad de hierro, de vidrio y de oro, surgida en pocos años, en el lugar de las más humildes aldeas...

Maggy:—En diez años...

Georgie:—Durante los diez años de nuestra triple pasión...

Narciso:—Oh, mis tres almas!... Bella, la inteligencia, Maggy, la ciencia, Georgie, la belleza... Vosotras habéis hecho esto!...

Bella:—(*triumfante*) Reconócete, Narciso; reconoce tu obra y tú mismo en ese pueblo que, fecundado por tu deseo, crearon nuestros esfuerzos...

Narciso:—Los dos lagos ovales brillan extrañamente en lo alto de la ciudad, entre los bosques de cipreses.

Bella:—Como la inteligencia de tus ojos cambiantes, Narciso.

Narciso:—Cuántas fuerzas se mueven detrás de la fachada de este inmenso palacio construido más alto que los lagos... y del que resplandecen los frontones infinitos.

Maggy:—Como tu frente, Narciso, muestra de gran saber. Diez mil estudiantes aprenden los secretos milagrosos de las Energías Naturales en este edificio universitario.

Narciso:—Un barrio inmenso se extiende más lejos, en plena actividad...! Un pueblo de Vulcanos, de Titanes y de Cíclopes, debe de forjar la resistencia del hierro, allá abajo... Mil torres de ladrillo rojo desaparecen detrás de las innumerables cabelleras de sus humaredas negras y rojizas donde á veces las chispas ponen una tonalidad de cobre.

Georgie:—Como tu cabellera, Narciso... Ese barrio me pertenece. Me llaman la Reina del Hierro. He querido ser yo misma la que reflejase tus cabellos en el retrato del espejo.

Narciso:—Sí... La ciudad es semejante á mi estatua... Los dos brazos de sus barrios ricos se extienden como los de un hombre que quisiera apoderarse de toda la vida cognoscible.

Bella:—Como tus brazos de los grandes deseos, Narciso... Esos barrios contienen mis bancos. Ellos ciñen la tierra en estrecho lazo por la circulación de sus riquezas. La ardiente ambición recoge el producto de las labores hu-

manas, las concentra y las esparce para pagar el trabajo de los pueblos. Yo soy quien ha querido reflejar la fuerza de tus deseos sobre el espejo, Narciso. Yo soy, para los de este continente, la Reina del Oro.

Narciso:— En verdad que sí, mis almas! Mi alma! Me parece que nunca me he visto tan de cerca... Veo palacios de alegría, donde suenan músicas voluptuosas; vagamente distingo procesiones de cortesanas. De allí diverjen dos vías que recorren dos trenes. Uno baja al puerto. El otro sube á la ciudad... La velocidad del rayo les lleva!

Maggy:— (*tomando su mano izquierda*) He recordado tu carrera durante esa cacería, en persecución del ciervo herido, porque te amé cuando te ví volver, cargado con la presa sangrienta. Semejabas cuanto imagináramos del hombre de las cavernas, cuando instaló el primer hogar para su horda de esposas capturadas y su ágil descendencia... Después, medité sobre las fuerzas rápidas. Inventé. El rayo es prisionero de esos patines que arrastra tan rápidamente con su fulgor... La gente de la región me llama la Reina del Espacio.

Narciso:— Y soy verdaderamente yo mismo quien se refleja en nuestra ciudad, mis Reinas?

Georgie:— (*ciñendo su cuerpo en un abrazo*) Eres tú mismo. Reconoce tu corazón. Oye golpear como los martillos de bronce al herir las campanas de la catedral... He recordado el tiempo en que tú buscabas en la oración un medio de acrecentar el poder de tus meditaciones. Parecías uno de los primeros sacerdotes, cuando sobre la roca del primer altar enseñaban su ideal á las feroce^z tribus errantes, en su vago anhelo de ser ellos mismos el dios de las tormentas al que en su temor sacrificaban sus hijas vírgenes.

Narciso:— ¿Así te aparecí, Belleza mía?

Bella:— (*poniendo sus dos manos en sus espaldas*) Reconoce tu voz. Oye cómo la imitan nuestros coros, cuyos cánticos llegan traídos por el viento, desde las cúpulas de la academia musical, cúpulas rojas como tus labios de amante... He recordado las horas en que cantabas en el salón de mi padre. Semejabas á Anfión tocando la lira. A su acento los cazadores y los pastores se congregaban, deponían las armas y reunían las piedras de la primera ciudad, para practicar la concordia y la fraternidad.

Narciso:— Así te aparecí, Inteligencia mía?

Maggy:— (*poniendo su cabeza junto al corazón de Narciso*) Reconoce el aliento de tu amor en el claro fulgor de

los árboles y del parque extendido en el centro de la ciudad. He recordado el día en que te precipitaste entre la furiosa soldadesca y los miserables en rebelión clamando justicia! Semejabas á los primeros apóstoles que en la encrucijada de los caminos proclamaban la fé de Cristo, en favor del Debil, contra la arrogancia del Poderoso.

Narciso:—¿Así te aparecí, Ciencia mía?

Las tres hermanas — *(mostrando la ciudad)* Así!

Un largo silencio. Las tres permanecen abrazadas. Maggy á la izquierda, inclinada sobre el corazón de Narciso, Georgie á su derecha ciñéndole entre sus brazos. Bella con las manos en sus hombros, adorándole en éxtasis.

Bella — Hemos construido el espejo de tu verdadero ser, Narciso?

Narciso:— Osaré reconocermé, yo, en la obra total de la Inteligencia, de la Ciencia y de la Belleza humanas, — yo, el viajero que apenas puede mirarse en las aguas cambiantes de los rios y de los océanos?

Maggy:— Sí, puedes hacerlo... ¿No eres tú el Hombre?

Narciso:— Yo soy un hombre.

Georgie:— No eres loco para pensar que un ser se desprenda de los demás y que por sí mismo pueda existir. Sólo hay belleza en la armonía, entre fuerzas diferentes. Narciso sólo es bello cuando sintetiza una gran suma de cualidades esparcidas en muchos seres. Nadie puede decirse un hombre, una mujer. Se es la obra del hombre, ó, si tú quieres, de las sociedades humanas. Se es Los Hombres.

Narciso:— Sin duda... Y he ahí mi espejo, lo que yo anhelaba, puesto que me aumenta con todo lo que piensa la humanidad, con todo cuanto yo mal podía aprehender al buscar la semejanza de mi individualidad solitaria... ¿Cómo habéis podido forjar de esa manera, amigas mías, el espejo fiel de tan profundos reflejos? ¿Estábais solas en la tarea?

Bella:— No.

(Las tres se separan de él).

Maggy:— *(con un dedo sobre los labios)* Se necesitaban para nuestra idea energías capaces de llevarla á cabo.

Georgie:— Hemos inspirado á nuestros maridos la obra que tu belleza nos aconsejó.

Narciso:— ¿Estáis casadas?

Bella:— Con un ingeniero. Y él ha encontrado en la tierra el oro necesario para construir la ciudad á tu imagen... Era el Rey del Oro.

Maggy: — Con un físico. Y él ha domado para siempre las energías eléctricas necesarias para animar la ciudad á tu imagen... Era el Rey del Espacio.

Georgie: — Con un herrero. Y él ha transformado la materia bruta en herramientas necesarias para construir la ciudad á tu imagen... Era el Rey del Hierro.

Narciso: — Era!... Era!... Era!... ¿Habláis de gente muerta?

Bella: — (*levantando los hombros*) Era necesario que desaparecieren...

Maggy: — Realizada la tarea hubieran padecido demasiado al saber que no había sido hecha para su propia felicidad...

Georgie: — (*irónica*) Y el espectáculo de su dolor habría enturbiado el agua de tu espejo...

Narciso: — ¿Habréis asesinado?... ¿No?... Entonces...

Bella: — (*serenamente*) Hemos sido sencillamente, para ellos... demasiado hermosas.

Maggy: — Y habiéndose comparado á nosotras, su fealdad les desesperó hasta hacerles morir de tristeza.

Georgie: — Pues el exceso de belleza mata á los que se reconocen indignos de Ella... Y se han ocultado en el seno de la muerte...

Narciso: — ¿Por qué? ¿Os habéis burlado cruelmente?

Bella: — No nos hemos burlado de ellos... Hemos sido siempre más hermosas.

(*Las tres hermanas unidas por las manos, retroceden lentamente*).

Maggy: — De momento en momento nos hacíamos matemáticamente más hermosas.

Georgie: — Mucho más hermosas... que la belleza factible creada por su imaginación.

(*Retroceden más*).

Bella: — Y tuvieron miedo de que dejáremos de amar sus inteligencias, tan diferentes de nuestras suntuosidades corporales... pues estas aumentaban de minuto en minuto.

Maggy: — (*conduciendo á sus dos hermanas hacia el fondo*) Temieron que buscásemos otros héroes más dignos de nuestro esplendor; este aumentaba de momento en momento.

Georgie: — Entonces comprendieron que otro era adorado por nosotros que nos hacíamos más bellas cada instante.

Bella: — (*del fondo de la escena*) Ellos lo comprendieron, y, como nos amaban, murieron entre nuestros brazos. (*Enseguida, sonrientes, se aproximan á él*).

Narciso:—(*apartándose, con temor*) Es terrible, en efecto, veros tan poderosas y tan bellas... El sol comienza á ocultarse... El crepúsculo arroja sus verdes rayos al cenit... La ciudad es más divina con ese color de púrpura y rosa de que la decora el poniente... Sol! Sol! tú pintas la ciudad al hundirte en el seno del mar... Crepúsculo, no encuadres en verdes y violáceos vapores sus formas, tan harmónicas, é impecables para mis imperfectos sentidos... Noche, noche... Si cubres con tu estrellada cúpula el sueño de la ciudad adorable y contemplas con los ojos de tus astros la obra del hombre, yo siento, noche cruel y excesivamente pura, que no podré separar la ciudad de tí misma, que del Universo no podré distinguir la ciudad de mi reflejo... Oh, noche terrible cuya belleza crece con excesiva rapidez... Y, vosotros, mis amigas, mis almas, ideas mías, ¿por qué vuestra belleza crece de tan espantosa manera?... No puedo sostener la vista de vuestro misterio.

(*Las tres se inclinan sobre él, que desfallece*).

Bella:—Tienes fiebre, Narciso... Nosotras no nos hemos colocado la máscara de la belleza corporal.

Maggy:—Te engañas, Narciso... Somos simples mujeres, sin esplendor físico alguno.

Georgie:—(*burlona*) No tiembles, Narciso. No tenemos más que formas vagas y sin esplendor, en la penumbra...

Narciso:—Si no sois vosotras las que crecéis en magnificencia, mis amigas, mis almas, ideas mías, es la ciudad que se enciende en mil fuegos.

Bella:—(*sencillamente*) Los focos eléctricos se encienden en las calles.

Maggy:—Con vivo resplandor se iluminan las fachadas de los edificios.

Georgie:—Y los habitantes visten sus túnicas fosforescentes, como de costumbre.

Narciso:—(*tembloroso*) En el puerto hay demasiados rayos girando sobre la flota de guerra. Demasiadas luces rojas, luces verdes, luces amarillas. Conturba la vista.

Bella:—(*compasiva*) ¿Se debilitan tus ojos, Narciso?

Narciso:—Bella! Déjame pensar en los naufragios cuando grita, menos fuerte que la tempestad, la voz ahogada del marinero... Ahora puedo soportar las luces del puerto... Oleadas de luz corren sobre los dos lagos. Eso quema las pupilas, como un incendio cercano.

Maggy:—(*maternal*) Tu amor, pues, se ha debilitado. Narciso?

Narciso:—Maggy, déjame pensar en los ojos sin pupilas, en los ojos llenos de pústulas que los mendigos muestran al transeunte para mover su egoísmo temeroso... Ahora tolero los reflejos de mis ojos, allá, sobre los lagos. Pero, ¿por qué esos rayos en lo alto de los edificios universitarios? Mirarlos me fatiga...

Georgie:—(*burlonamente*) Tu saber se ha debilitado, Narciso? (*Ríe sonoramente*).

Narciso:—(*rechazándola, en delirio*) Georgie, déjame pensar en los errores de los maestros, en la pereza de los discípulos... Eso lanza sobre tanto resplandor una sombra propicia, que me permite entrever... No, Reina del Hierro, mis ojos no soportarían el resplandor de los astros artificiales colgados en el barrio de las fábricas negras, si no soñase en la embriaguez, en la perversión acostumbrada de los trabajadores, en su bárbara esclavitud... Reina del Oro, si no soñase en la prostitución del amor y en el tráfico de las conciencias ¿cómo podría admirar los soles que señalan, en sus preciosas linternas, las escalinatas de tus Bancos?... Reina del Espacio, déjame que sueñe en los rebaños de soldados que los trenes conducen á las fronteras, hacia los mataderos del campo de batalla, si quieres que tolere el fulgor de los rayos que arrastran los convoyes de la montaña al mar... ¡Necesito sombras! ¡Necesito sombras para que pueda entrever, sin que cieguen mis ojos, el resplandor de la Ciudad... No admiraré las iluminaciones de la Catedral, sin recordar la hoguera de los mártires y el furor de las herejías. Necesito sombras... Vidrios opacos, ahumados, negros... Sino mi reflejo me enneguecerá en el espejo... Imbecilidades y crímenes! Odios y vicios!... Fanatismos é ignorancias! Yo os arrojaré como un sudario sobre la claridad de mi resplandor Vidrios opacos, ahumados, negros... Sinó mi reflejo me ciega... Obra de mi inteligencia, de mi ciencia y de mi belleza, obra de mis tres amantes, yo no te puedo concebir... Ciudad, ciudad, tus luces resplandecen de todas partes, y cada rayo, como una flecha asesina traspasa mi garganta apretada por la angustia, mi vida agitada. Y cada rayo de luz quema mis ojos... Oh, pueda yo, sin perecer, soportar el fulgor de mi reflejo. Belleza de mi ser, eres para mí demasiado bella. Requieres, sin duda, un amante más digno de tí, amante al que no cieguen tus fuegos.

Bella:—(*despreciativa*) ¿Eres débil, Narciso, ante el espectáculo de tu fuerza?

Maggy:—¿Tiemblas ante el fin que te proponías?

Georgie:—¿Tienes miedo de parecer un Dios?

Narciso:—Sí, tengo miedo... Tengo miedo de ser Dios.
Si el fulgor de mi ciudad aumenta, siento que mi reflejo
en el espejo será el de Dios... ¡Y que entonces...

Bella:—(*carinosamente*) ¿Y que entonces...?

Maggy:—¿Y que entonces, Narciso...?

Georgie:—¿Y que entonces, Hombre...?

Narciso:—Y que entonces Narciso y el Espejo, mi
rostro y mi reflejo, ya confundidos en la unidad de la luz,
no podré, deslumbrado por mi resplandor, contemplarme...
Y que entonces... yo...

Bella:—Tú...

Maggy:—Serás el ser sin contraste...

Georgie:—Lo puro absoluto...

Bella:—El Dios que no puede desdoblarse para concebirse...

Maggy:—Para afirmarse ó para negarse.

Georgie:—Y que en consecuencia, por él mismo, NO
SERÍA!

Al oír estas palabras, Narciso cae desvanecido ante el formidable resplandor de la ciudad.—Las tres se inclinan sobre él, ligeramente burlonas.

Bella:—¡Narciso!

Maggy:—¡Narciso!

Georgie:—¡Narciso!

Bella:—Hombre, tú no eras, pues, bastante fuerte...

Maggy:—Para mirar en tu espejo, hombre...

Georgie:—La fulguración real de tu belleza... Dios!

Ligeras y alegres se alejan.—La alegría ruidosa es repetida por el eco.

PAUL ADAM.

Trad. de Juan Más y Pí

EL MOMENTO HEROICO

«Los italianos sabrán lo que pueden ser, cuando se acuerden de lo que fueron.»

GIÖBERTI.

El ejemplo que nos da la campaña italiana de ultramar no puede ser más admirable, ni significativo. El nos confirma una nacionalidad, una política y una aspiración: la nacionalidad que se formára al calor del más alto patriotismo, la política mesurada é inteligente que siguiera á aquella unidad y la aspiración imperialista de un pueblo que, seguro de su voluntad de potencia, quiere templar en una guerra fácil su espíritu heróico.

Tal movimiento no puede ser observado con escepticismo. El pasado de Italia significa algo más que una vulgar sucesión de acontecimientos históricos; en cuanto á su futuro, fuera empresa vana é injusta el no constatar su inteligente preparación.

Italia ha llegado al momento actual casi sin advertirlo; tenía conciencia de su fuerza, apenas sofocada por los vaivenes de la política interna, pero en ningún instante pudo soñar las consecuencias que á cincuenta años de su libertad se harían efectivas.

Ahora la observamos en su momento heróico, definitivo en su vida política. Se está formando una nueva conciencia nacional, latina en el fondo, racionalista en sus manifestaciones exteriores, que se cristaliza uniformemente y da los resultados más admirables.

Es interesante, pues, analizar las diversas ideas que la animan, penetrar en el programa de sus partidos y de sus hombres, y deducir de la múltiple variedad de estas

corrientes, el pensamiento único que la conduce á un mismo fin.

Taine dudaba en 1865, que la unidad formada poco antes de su viaje á Italia, pudiera perdurar en todo su territorio. El gran maestro creía en la lógica de la historia, y según ella todo se oponía á la unidad. «Por su geografía, sus razas y su pasado — decía — la Italia está dividida en tres partes y sólo puede, por lo más, formar una federación. Si actualmente se mantiene unida, es por una fuerza artificial y porque la Francia la protege sobre los Alpes, contra Austria. Se produce una guerra en el Rhin, el emperador se cuidará de no dividir sus fuerzas, y entonces la Italia se fraccionará en sus partes naturales».

Se equivocó Taine en aquella ocasión, como se equivocó la mayoría de los pensadores al creer descabellado el programa político de Víctor Manuel. A todos engañaba la protección que Francia prestaba al movimiento italiano, máxime cuando se hizo depender exclusivamente de la voluntad napoleónica la suerte de la península. De los italianos no se esperaba nada, puesto que, según Taine, les faltaba carácter y les sobraba inteligencia. Creían en fuerzas fantásticas é inagotables, se multiplicaba el número efectivo de los soldados, no por picardía, sino por espíritu de grandeza; el Pontífice era burlado en las mascaradas, en tanto que el militar y el laico convertían en cuarteles los lugares sagrados. «Se tenían la confianza y las ilusiones del 89».

Sin embargo, la unidad se ha hecho y ha perdurado cada vez más fuerte hasta nuestros días. Algo había, pues, que escapaba al juicio del más experto investigador, alguna nueva fuerza distinta completamente de cuantas habían hecho hasta entonces la historia de Italia, y que aparecía insegura en sus manifestaciones, pero muy cierta en su esencia. Taine había llegado á sospecharla. «Hay una fuerza nueva — decía — superior á las antipatías provinciales, desconocida hace cien años, situada no en los nervios, la sangre y las costumbres, sino en el cerebro, las lecturas y el razonamiento, de una grandeza enorme, puesto que hizo la revolución de América y la revolución francesa, de una grandeza creciente, puesto que los descubrimientos incesantes del espíritu humano y las mejoras múltiples de la condición humana contribuyen cada día á aumentarla».

Tal era, efectivamente, la fuerza que formaba el pueblo

italiano, fuerza cerebral y de biblioteca. Fueron sus pensadores quienes la crearon, al importar la filosofía racionalista y al seguir el ejemplo francés. Se habían perdido las cualidades esenciales que hicieran de Roma el más grande imperio de la antigüedad, ya no existían las condiciones que durante el renacimiento unieran á los italianos en una sola aspiración de arte y de vida. El pueblo italiano debía aprovechar de ejemplos más inmediatos, y eran éstos el liberalismo y el racionalismo práctico. Benedetto Croce, — uno de los talentos más fuertes de la generación joven, — ha señalado en un estudio reciente sobre Francisco de Sanctis, los orígenes de la tercera Italia, «cuya fecha de nacimiento no es, como creen algunos, la romanidad, ni — como hoy otros van imaginando — el renacimiento del siglo XV, sino el período racionalista y liberal del siglo XVIII, aumentado de experiencia histórica y corregido, en su abstractismo é intelectualismo, por la manera romántica y por la filosofía idealista de la primera mitad del siglo XIX».

El gobierno de Piamonte, al adoptar una política liberal y jacobina aplicada con toda energía en todo el territorio, cometía á primera vista, la temeridad más grande. No se cuidó del fanatismo de las campañas y aplicó la misma táctica en Nápoles como en Milán. Prueba es esta mayor de la potencia que adquirió entonces la palabra de los pensadores obrando sobre el cerebro más que sobre el sentimiento.

Esa política era contradictoria, ofendía los sentimientos más caros de gran parte de su población, pero triunfó, al punto de asegurar un gobierno en Nápoles, donde todo gobierno se había hecho difícil.

Así se constituyó la nación bajo la casa de Saboya. Luego, los anunciados fracasos no se produjeron, y la Italia, *convencida* de la necesidad de permanecer unida, se ha ido creando un nuevo carácter que hacía desaparecer las rivalidades de los municipios, apenas perduradas en la tradicional desconfianza entre septentrionales y meridionales.

Este milagro lo ha producido la monarquía del Piamonte, que en los cincuenta años de gobierno nacional no ha perdido oportunidad de repetir que gracias á ella se hizo efectivo el sueño más deseado, que parecía irrealizable. Cada ciudad de Italia elevó un monumento á Víctor Manuel, y la pedagogía de las estatuas y de las inscripciones llegó al máximum de su aplicabilidad. En estas

últimas, se hizo gala de la más pomposa literatura, se escribieron con altisonancia hasta los más mediocres sacrificios por la patria, y se formó entonces el sentimiento heroico que debe hacerse práctico en dos guerras necesarias: una contra el Austria poseedora de dos provincias tradicionalmente italianas, y otra colonial, tentada con mal éxito por Crispi y renovada actualmente contra una potencia que es, en la política europea, la única que puede saciar el deseo de las potencias más fuertes.

¿Cómo se ha llegado á la guerra actual? El espíritu que unió á los italianos en su campaña unificadora, ha robustecido con el progreso de la nación, sus características principales de nacionalismo combativo é imperialista.

No se busque en Europa otro ejemplo igual; apenas si coincide con Francia en la aspiración de unir á su territorio las provincias irredentas, y si algo tiene de Alemania por sus propósitos conquistadores, nacidos el día mismo de su unidad definitiva. Tiene Italia, sin embargo, una fuerza de la cual todo puede esperarse: la comunidad de aspiración y de sentimiento de sus habitantes. No se presentan en ella los arduos problemas que la cuestión irlandesa provoca en Inglaterra; no sufre la oposición tenaz que el partido socialista alemán pone á los planes del gobierno imperial; no siente la crisis que amenaza las instituciones francesas, ni desfallece en impotencia como España. Más afortunada que la primera, su unidad es definitiva y no amenaza quebrarse; más inteligente que la segunda, ha armonizado el sindicalismo con la política colonial; y, con una fuerza interna más poderosa que la que anima á las dos últimas, ha asegurado por la inteligencia y trabajo de sus hombres el porvenir de su constitución y de sus energías.

He dicho que el nacionalismo produjo en gran parte la guerra actual. Tal sentimiento estaba en el espíritu de todos, ya que un estado de ánimo general le era favorable. Pero el verdadero programa nacionalista debía ser formulado por unos pocos intelectuales que escrutando más que provocando estos sentimientos, llegó á establecerlo claramente. Se le llamó, en un principio, movimiento de literatos, como si tal origen manchara su pureza; se dijo que sus sostenedores «eran nacionalistas por razones estéticas más que por razones prácticas, y que su nacionalismo era literario y aristocrático: era un clasicismo». La idea, sin embargo, debía generalizarse, y como producto de esta difusión y

de esta propaganda fué que se reunió en Florencia el primer congreso nacionalista.

Sabiamente se eludió desde un principio toda discusión en torno á la forma de gobierno, aunque se hiciera adhesión á la monarquía rechazando los planes antimilitaristas de los oradores republicanos, planes que el nacionalismo reputaba necesarios é imprescindibles para su acción. Y el primer deber del ciudadano de Italia fué enunciado: dar á la nación los medios de hacerse fuerte y grande. ¿Qué es y qué quiere este nacionalismo? Scipio Sighele, el más ardiente de sus partidarios, ha respondido: *«Es un deseo de vida y de gloria que quiere formar una conciencia nacional que todo haga depender de este deseo supremo»*.

Pero se podría decir que tal aspiración no es distinta de cualquier aspiración patriótica y, en tal sentido, el nacionalismo se identificaría con el patriotismo. De aquí que los nacionalistas se cuidaran de delimitar ambos sentimientos, de cuya esencia todos nos damos idea, pero hallamos dificultades en definirlas claramente.

Así, Pablo Arcári dijo: «El patriotismo es un sentimiento y el nacionalismo es una doctrina. El nacionalismo es un patriotismo dialéctico. Así como del sentimiento religioso se determina una filosofía religiosa, así del sentimiento patriótico se produce el nacionalismo ó filosofía de la patria». En cambio, Corradini escribe: «El nacionalismo es lo opuesto del patriotismo; el patriotismo es altruista, el nacionalismo es egoista». Luego equipara la acción nacionalista á la acción socialista, considerando á ésta, precursora de aquélla. «Ella ha dado — dice — conciencia á una parte del pueblo italiano, porque lo que ella ha hecho por la clase, el nacionalismo quiere hacerlo por la nación»; á lo que Sighele contesta con mucho buen sentido: «sin esperar el ejemplo y la enseñanza socialistas, nación lo que después los socialistas hicieron por la clase».

Lo más interesante del programa nacionalista consiste en la exaltación que éste hace de la guerra, aunque tal carácter fuera desechado por el congreso de Florencia, en lo que tiene de imperialista.

Se vale para sostener aquélla, en que no es un daño para el género humano, como lo pretende Voltaire, sino es su fortuna, «porque sin aquella voluntad de potencia que es la base del patriotismo, nada de bello, ni de grande se hubiera ejecutado en el mundo y nosotros nos encontraríamos todavía en el estado bestial», y en que, según Ward,

«la sociología demuestra que la guerra ha hecho la civilización humana». El nacionalismo considera la guerra como un mal necesario, mientras los sueños de paz universal no se hagan efectivos. Es por esto que la exalta como un deber. «Nosotros queremos — dice otro nacionalista — que la guerra entre en el ánimo del pueblo, porque sabemos que no basta amarse plétóricamente para evitarla, y mucho menos para vencerla... *querer la guerra significa á veces vencerla sin ejecutarla*; no quererla significa hacerla á nuestro pesar, ó perderla sin combatirla... Pero educar el país al sentimiento de la guerra no significa convertirse en provocadores para hacerla por todos los medios, sino crear una situación de espíritu y de hecho tal, que el Estado pueda hacer su política exterior sin dudas, seguro de que los demás países están convencidos de que nuestra actividad internacional no será detenida por la necesidad de deber sufrir ó declarar una guerra».

Los nacionalistas no han necesitado de mayores esfuerzos para educar al pueblo en el sentimiento de la guerra, puesto que los motivos diplomáticos ó puramente económicos que produjeron la actual contienda, han exaltado no ya los sentimientos nacionalistas que el pueblo ignoraba y apenas sentía, sino los más puros sentimientos patrióticos que siempre tuvieron los italianos, en el culto de sus héroes y por la pedagogía de las estatuas.

Consecuencia de la exaltación de la guerra es el imperialismo, «la forma más aguda del nacionalismo». Toda la historia de Italia lo explica y lo funda, ya que Roma le dió el carácter que aún conserva, y la Edad Media lo cumpliera hasta lo inconcebible. Por otro lado, la política europea tiende á él sin inconvenientes, en la época precisa que sueña la paz universal. ¿Queremos nosotros, mientras las grandes naciones tienden á hacerse cada vez más grandes, que sólo la nuestra se envuelva en el sudario de la resignación?»

Parece ser que el nacionalismo fuera, por sus medios de acción, antidemocrático y, especialmente, antisocialista. Es reciente la manifestación colosal que hicieron los obreros alemanes en contra de la guerra, y es bien conocida la relación que en Francia tiene el socialismo con el antimilitarismo. Tales antecedentes obligaban al partido socialista italiano á oponerse á la guerra recién declarada y repetir la acción de los colegas alemanes. Se encontraron, desde luego, con el decidido favor que el proletariado prestaba á la guerra y el entusiasmo que su anuncio provocara

á las clases populares. Forzoso era crear una teoría que conciliara los dos sentimientos, á fuer de perderse el de clase ante el de la nación.

Fué entonces que tres socialistas ilustres se manifestaron partidarios de la política colonial: Rossi-Doria, que lanzó un himno á la conquista de Trípoli; Enrique Ferri, que afirmó posible ser socialista y al mismo tiempo favorable á la política colonial; y Antonio Labriola, que aseguró ser el sindicalismo más bien partidario que enemigo de esa política.

Los mismos argumentos que antes sirvieran para detestar la guerra, sirvieron luego para explicarla, y *El Capital*, la biblia socialista, fué interpretado de las maneras más opuestas.

Los escépticos podrán sonreír ante la veleidad de los partidarios extremos y dar á este hecho las interpretaciones más diversas, pero lo que á nosotros nos interesa es su significado social, que evidencia el estado de ánimo de este pueblo.

Si, como dijo Domenico Oliva en un diario argentino, la guerra actual es la preparación de una guerra futura, más decisiva y trascendental, no cabe duda que resueltos los dos problemas mayores de su política, el integralismo y el expansionismo, Italia será una de las naciones más fuertes del universo, con esa potencia de espíritu que van perdiendo los pueblos contemporáneos y que algunos han perdido totalmente y apenas logran sobrevivirse á sí mismos.

Tal es el momento heroico de este pueblo, lleno de ambiciones, de sueños y de esperanzas. La tercera Italia es bien digna de las anteriores, aunque sea distinta su tendencia. El alma latina no se ha perdido en ella y como en ninguna parte se ha conservado el espíritu nacional, vigoroso después de tantos siglos de pensamiento y de acción.

JULIO NOÉ.

VERSOS

La pobre abuela

Sol de Otoño. La tarde. Vuelvo de ver mi pobre abuela que ha pasado yá más de ochenta inviernos... con sus rizos de plata que ántes fueron de cobre, es como un libro añejo de recuerdos eternos, ó como un cofre antiguo de fechas. Ella tiene el día, el mes, el año de los doce bautismos de sus doce biznietos.

Todavía mantiene orgullo su realeza: el de gastar los mismos anteojos que llevaba cuando yo iba á la escuela... y se obstina en que pruebe dulces y golosinas; como si fuera un niño me trata...

Peregrinas y bienaventuradas chochees de mi abuela! Mi austeridad la vuelve pensativa y empieza á evocar incidencias... y mis perversidades de entónces, las encuentra virtuosas nimiedades; é hilvanando suspiros me acaricia y me besa.

Yo siento que le nacen canas imaginarias á mis desengañadas quimeras juveniles; ¡ay!, perdón, abuelita, si olvidé tus plegarias y el temor á los lobos de los cuentos seniles, si la fé la he perdido por amar la ilusión que tu romanticismo de vieja me escanciaba con voluptuosidades de cachorro león.

¡Ah, los lobos hostiles de la duda, abuelita! Son más fieros que aquéllos que en el bosque sombrío desgarraron las carnes de la rubia niñita de tu fabla... Recuerdas? Qué dolor! Cuanto frío!

De luto

He venido á llorar toda la pena
que en mi alma ha dejado la visión
angustiosa de tu cara morena,
vista al través de tu negro crespón.

Almita joven — lirio ó azucena —
ideal á medias de una pasión,
cuál el remordimiento que te apena?
de qué proviene esa desolación?

Sonó acaso tu lánguida cabeza
con el advenimiento peregrino
de un pálido romance? (Oh, tristeza
que estimula tu lírica belleza!)

Yo no quisiera saber el mezquino
ó trivial motivo de tu tristeza...

Alegría exterior

Esta mañana vino á despertarme una clara
risa cascabelera de frescas alegrías,
y tú, dulce alma mía, te has asomado para
desdeñar la sinrazón de estas anomalías.

Tu pasado dolor es el de una viudita
que en vano se obstinara en parecer austera,
y porque debe lágrimas al muerto ¡pobrecita!
ve como se deshoja la flor de una quimera.

Me dirás que no puedes explicar la razón
de esta franca alegría que me viene de afuera?
Por eso mismo riéte, riéte corazón,
que siempre es razonable la risa en primavera...

ARMANDO IBARLUCÍA

EL CREPÚSCULO

A Carlos Obligado

La tarde se iba poniendo turbia. El vaporcito apresuraba la marcha. El valiente oleaje del Paraná se había suavizado en el Carpincho en una dulce y hamacante ondulación. Era, seguramente, la hora del Angelus porque sobre todas las cosas se iba como cerniendo una tristeza serena, una suave tristeza de algo que fenecía lentamente. Nadie, en la embarcación, aventuraba una sola palabra, pues que todos estaban unidos como por un mismo tútano de congoja indefinible.

Ahora el litoral era tupidamente selvoso. Penetraba el vaporcito en los riachos y avanzaba, ruidoso, presionando contra las riberas cercanas la juventud insultante de los camalotes. Si, juventud insultante, juventud profanadora en aquellos momentos en que el espíritu se sentía viejo y cansado.

Todo se asociaba, todo, en una misma complicidad para hacer más rotunda la melancolía de aquella tarde agonizante.

Poco antes, el sol muriente se irisaba de haces luminosos que penetraban en nubes tétricas y ventrudas como puñales igneos de Arcángel.

Era aquél un crepúsculo imponentemente suntuoso, un crepúsculo que, á las veces, parecía un catafalco funerario representando un Gólgota ensangrentado. En otras ocasiones tomaba contornos de pesadilla. ¡Qué espantable visión! Sí, allá estaban, en lo bajo del horizonte, cerca del sol que se escondía, allá estaban, en tenida magna, las brujas obsesionantes de Zuloaga...

En tierra el cuadro era, si cabe, aún más intensamente melancólico, con aquellas marañas adormecidas, como aplastadas por la hora, sin cantos de pájaros, sin estridulaciones de insectos, sin rumores de vida...

Esa solemne quietud de cosa muerta, solamente fué interrumpida en dos momentos: cuando pasaron de largo, por encima de nuestras cabezas, unos teros perdidos que volvían de alguna excursión lejana y que llenaban el aire con inarmonías aflautadas de viejas histéricas y desdentadas. Y un espacio después, cuando se sintió allá arriba, en lo alto, como un roce de enaguas almidonadas, ó como un frufrú de sedas femeninas: Era una larga lista de cisnes, mansamente aleteantes, que iba dibujando arabescos en lo profundo del cielo.

Sólo faltaba para completar la emoción místico-romántica de aquellos instantes, algún sonar lento y argentino de esquila, en alguna ermita campesina perdida en la infinitud del contorno. Pero no había ermita. No venía la plegaria de las campanas humildes á poner un poco de dulzura nazarena en la melancolía de esos penumbrosos minutos en que el espíritu se encontraba completamente á la sordina.

¡Qué lugar y qué momento tan á punto para las últimas divagaciones de los Werther! Como en los trances supremos, la vida vieja revivía en una síntesis milagrosa. La conciencia se iluminaba lo mismo que una escena de teatro y en ella aparecía, como figurante, el antiguo «yo», el tesonero y el hervoroso «yo» de los tiempos que pasaron: abierto de manos, manso de corazón, blanco de alma y rico en ensueños y esperanzas. Y luego, poco á poco, cómo las manos se iban cerrando, y cómo el corazón se constreñía, y se oscurecía el alma, y las esperanzas y los ensueños aparecían como una pobre cosa muerta tirada y olvidada en un rincón.

Ecce homo!... He aquí al hervoroso y al tesonero. Vedlo cómo está de arrumbado; y caído el penacho de sus primitivas altiveces; y apagado el fulgor de sus ojos brilladores; y muerto el entusiasmo de vivir...

Pero mirad cómo ahora se transforma: ya no es el hervoroso, pero tampoco el misántropo. Ya desarruga su ceño, y la frente aparece más serena, y los ojos más plácidos, y la sonrisa que en su cara cansada era una mueca, ahora más bien parece la bondadosa sonrisa de un abuelo que todo lo comprende y todo lo tolera, porque todo lo ha sufrido.

El que aparece en la conciencia es el otro «yo», es el último «yo», el enfriado, el aleccionado por la vida y amantado con la ataraxia de los estoicos, escudo que defiende de las risas y de las lágrimas.

Tú eres el más fuerte, oh, «yo» escéptico. Tienes la fortaleza de los doloridos. Por eso compadece a tus inexpertos antecesores: al que soñó sin fundamentos y al que desesperó porque no tenía, el pobre, un concepto más filosófico de la vida.

Si tienes sorna para gastar, pregúntale, mi amado escéptico, pregúntale al que fué soñador inveterado: ¿Qué se han hecho tus compañeras de juventud, aquella blanca bandada de ilusiones donde había ingenuidades de niña boba y frescuras de mañana de Abril? ¿Dónde están los ensueños, aquellos locos ensueños de venturas amorosas que llenaban tus tardes invernizas y que te embriagaban y te sumían en un deleitoso sopor de opio?

¡Ah! todo lo has dejado volar y esfumarse en lo azul. Que otro remedio. ¿No es verdad mi loco amigo? ¿Te acuerdas, — y perdóname si me ensaño contigo, — te acuerdas de aquellos sueños de amores infinitos y eternos? ¡Ja, ja, ja!... ¡Eterno lírico! ¡Iluso, iluso, iluso miserando!... ¿Pero no veías que la vida era otra cosa? ¡Pobrecito romántico! Ya te ha enseñado esa vida cómo es cruel y cómo terminante lo mismo que una bofetada.

¡Sueños, sueños!... ¿Por qué no seguiste soñando, pobre tonto? ¿Qué se hicieron, contesta, todas aquellas mujeres que eran para ti «todo el mundo» en ciertos momentos de la vida? Aquellos ojos azules que tú creías mimosos, dulces y familiares ¿no resultaron, después, ojos de un duro azul de cobalto? Y aquellos otros, ojos verdes esplendentes y espaciosos, ¿qué fueron sino dos esmeraldas frías engarzadas en una cara bonita? Si: dos frías esmeraldas, trasunto de un espirítulo tornadizo, perversamente superficial, que gozaba femeninamente, es decir, felinamente, sembrando en derredor con su mirada pródiga y sus gestos insinuantes, desazones masculinas.

Y luego, aquellos ojos negros, ojos de Aixa, ojos hechizantes, dolientes, desmayadizos y voluptuosos... En fin, te excuso, poeta muerto, que te martirices con el recuerdo...

La pesadilla del crepúsculo terminaba. Las sombras habían salido de sus cubiles y se espaciaban llenando todos cuantos huecos había. El cielo, limpio en el cenit y nuboso en todo lo redondo del horizonte, parecía una

enorme cabeza de franciscano. Y por esos nubarrones del horizonte se descolgaban, de vez en cuando, viboreantes líneas de oro, rápidas y nerviosas como rúbricas de mujer... En la calota despejada del cielo, de azul descolorido, iban apareciendo las estrellas tempraneras, circuidas, como los pezones de las hembras, de un halo apizarrado.

Los miserables átomos vivientes interrumpían el imponente mutismo de los astros. De la maraña se levantaba un concierto bárbaro de desorden wagneriano: era el croar gutural, limpio y numeroso de las ranas acompañado de la irritante estridulación monocorde de los grillos.

El viento que comenzó á levantarse ceceaba por entre los pinares. Y venía cargado de perfumes indefinidos: olores de tierras húmedas y preñadas y de pastizales sahumantes. Una luna redonda y amarilla subía lentamente á ras del horizonte y vista al través del ramaje se diría una enorme cara vendada, impasible y mofletuda. A poco espacio, llenaba todo el parque de claridades linfáticas.

CARMELO M. BONET.

LOS ORIGENES ARGENTINOS

Me encontré una noche en un cabaret de Montmartre con un numeroso grupo de jóvenes americanos, decididamente dispuestos á divertirse. Habían transportado al local, tranquilo habitualmente, las más inconfundibles mañas del criollismo, vale decir, que en menos tiempo del necesario para contarlos, convirtieron el sitio en un verdadero campo de batalla. ¿Quiénes son?, — preguntó alguien. — Son argentinos, — se dijo. — ¿Argentinos? ¡Ah, qué complicación!, — comentó una damisela.

Me pareció muy justa la espiritual salida, por razones diversas que las que inspiraron á la joven, naturalmente. Pero á la verdad, somos una complicación; y no sólo para los europeos, sino para nosotros; hay que confesarlo. Quizá no nos conocemos, porque, como las personas llenas de vida, no nos hemos detenido demasiado á reflexionar sobre nuestros instintos y á explicarlos por la expurgación de las particularidades de nuestra herencia. La juventud se cuida sólo del presente, muy poco del futuro, y casi nunca del pasado, cuyos recuerdos hacen un espectáculo grato en las horas de la impotencia y de la vejez. Es así como las más importantes páginas de nuestra historia, aquellas que debieran referirse al estudio de los complejos elementos que entran en la formación de nuestra socialidad, están aún por escribirse.

El primer ensayo que con espíritu científico ha querido dilucidar tan interesantes cuestiones de historia, es la obra que con el título *Los Orígenes Argentinos* edita la poderosa casa Fasquelle, de París.

Son los orígenes y la evolución del pueblo argentino lo que estudia el señor Levillier en el tomo publicado. Su libro es una excelente síntesis sociológica de nuestra historia desde 1580 á 1890; distinguiéndose

ya por esto doblemente de las obras que conocemos sobre nuestra evolución, que son todas de simple carácter histórico y no van más allá del 52 ó del 70.

Con estilo libre de todo adorno, inoportuno en una obra de esta naturaleza, pero elegante y abundante en buenas imágenes, que ayudan á grabar en la mente sus conceptos, con criterio exento de todo prejuicio histórico ó social, como extranjero que es, el señor Levillier estudia las causas y los efectos de nuestros grandes cambios políticos y delinea muy rápidamente, cuando el asunto lo exige, los caracteres, la personalidad de las figuras históricas. Porque ha escrito su libro con el convencimiento muy moderno y muy científico de que en la evolución de los pueblos el factor de menor importancia es siempre la voluntad de los hombres.

Pero el señor Levillier, más que hombre de ciencia, es un hombre inteligente y no desconoce que la evolución de un pueblo está demasiado íntimamente ligada á las acciones de sus grandes hombres. No llegará á decir con Carlyle que la historia es la biografía de los héroes, y menos con Nietzsche que un pueblo es un rodeo que da la naturaleza para producir dos ó tres grandes hombres. Tiene de los pueblos la visión moderada de la sociología inglesa que ve en ellos inmensos organismos en que todo se mantiene en recíproco equilibrio y en continua reacción, y en cuya vida es donde más fácilmente se observa que las pequeñas causas producen los grandes efectos. Y el grande hombre es más bien un efecto que una causa para el señor Levillier. Es la idea común y por lo mismo la más exacta. Así es que, como su libro trata de psicología social, los elementos de la historia no los toma como fines, sino como medios de su estudio, y las figuras históricas tienen en él una posición más bien secundaria.

Una obra de esta clase me parece haber dicho que era bien necesaria para dar á la Europa intelectual una idea científica, es decir, cabal, de nuestros verdaderos orígenes y de nuestra evolución. Las mejores obras descriptivas de la Argentina más ó menos actual apenas si contienen algunas cuantas frases deslizadas al acaso respecto del pasado del país, generalmente reproducidas de un Martín de Moussy, de un Azara ó de cualquier otro autor antiguo.

Por otra parte, el vacío de una obra de esta clase se hace sentir también en nuestra patria, donde sólo se cuentan nada más que ensayos parciales ó tendenciosos

obras de Bobadilla, la Política de Solorzano, el Semanario de 1806, las Actas del Cabildo, son sus fuentes principales, pero son de todo punto insuficientes para reconstituir nuestra época colonial.

En la obra de que me ocupo, sorprende la documentación, en su mayor parte inédita. El señor Levillier ha utilizado en su inteligente labor documentos del Archivo de Indias, de la Biblioteca Nacional de París y del British Museum de Londres, así para estudiar la época colonial como para la del Virreynato y la de la Independencia.

Este asunto hace pensar en este problema incomprendible: ¿Por qué nuestros gobiernos, tan pródigos en todo lo que sea gastos de representación y vida exterior, no han organizado en aquellos tres grandes archivos una permanente requisa de documentos, bajo la dirección de persona capaz que con un cuerpo de empleados se dedicaran á la copia de todo aquello que pueda interesar á nuestra historia pasada? Ahí tienen nuestros gobernantes cómo ejercer un elemental mecanismo, inteligente y bien patriótico. Porque es de pensar que no todos los que quisieran escribir nuestra historia tienen recursos para instalarse en Europa y dedicarse durante años á una labor que nunca se vería recompensada. Mientras que los sabios europeos tienen en su casa todos los elementos de labor.

Después de haber dado una impresión de conjunto de la España del siglo XVI y de haber definido la psicología del conquistador y del indio, el señor Levillier estudia la vida del medio en tres sustanciosos capítulos que tratan de la economía, de la política y de la sociabilidad y religión durante el virreynato.

Así indicados cuáles son los elementos constitutivos de la raza y las diversas influencias ambientes que los modificaron, traza, — y es el primer retrato que de él se haya hecho — la psicología del hispano-americano del siglo XVIII.

Paralelamente una y otra época encubren el impulso de instintos violentos, que se manifiestan en los mil aspectos de la vida en la sociedad. No puede exigirse á un historiador más imparcialidad que la que pone el señor Levillier en la apreciación del desarrollo secreto de nuestra raza, del despertar de los instintos agresivos del criollo y sus luchas contra el inglés, contra el español de su tiempo.

«Por la más singular de las ironías, escribe el autor, la España fué una extranjera en el medio americano don-

de se creía soberana. Su dominación fué puramente política y no se sostuvo sino por la fuerza de las tradiciones y la falta de iniciativa y de reflexión de los habitantes. Una serie de causas acumuladas y perpetuadas durante dos siglos habían abierto gradualmente entre la colonia y la metrópoli una profunda é invisible separación. El divorcio estaba en las almas antes que se pronunciara la palabra. El vigor de la raza emanada de la mezcla étnica indio-española fué la primera y la más importante de esas causas. Ese elemento nuevo se encontró de pronto en pugna con la España, por el simple hecho de reclamar su lugar al sol. La metrópoli se esforzó por todos los medios posibles en entorpecer su expansión: la raza se obstinó por la astucia y por la fuerza en resistir á sus amos, y su ardor vital triunfó. Estaba mejor adaptada al suelo y al clima que los españoles y se halló mejor armada que éstos para vencer.»

El autor insiste en este hecho: que la independencia política del país fué muy posterior á su independencia étnica. La modificación del idioma patrio en el suelo argentino, las opresiones comerciales, las injusticias y los favoritismos en materia de administración política, en el clero y en el ejército, fueron causas seculares que, unidas á circunstancias más inmediatas, cuya influencia el señor Levillier estudia con igual atención é imparcialidad, tales como las libertades y franquicias comerciales de los virreyes, las teorías de los comunistas y filósofos europeos, la independencia de los Estados Unidos, la Revolución Francesa, las invasiones inglesas, las consecuencias de la guerra de Napoleón en España, provocaron definitivamente el gran movimiento de formación del país.

La época de Rivadavia es para el autor la lucha inicial de los primeros frenos sociales sinceros contra los instintos y los sentimientos de la muchedumbre. Las costumbres de tres siglos dan una fuerza arrolladora á los instintos de las masas contra las leyes, las instituciones y los hombres que las quieren aplicar, teniendo fatalmente la ley en suspenso. El individualismo, la irreverencia invertida hacia las leyes y las instituciones, consecuencias del desquicio de la vida colonial, resistieron victoriosamente los frenos de un régimen de razón y de orden. El criollo, el gaucho, sometido casi exclusivamente á la influencia del medio físico, fué el primer elemento salido de este individualismo secular. Y cuando el señor Levillier traza, en un análisis profundo y original, los resor-

tes anteriores que agitaron este tipo popular, tan esencialmente simpático, escribe las páginas más amenas y sentidas de la obra.

Algo más interesante encontramos en esta obra ya tan interesante de por sí, y es el capítulo destinado á la figuración de Rosas.

Los argentinos estudiosos á quienes ha preocupado la personalidad de Rosas, no han podido sacrificar en el ara de la verdad histórica y de la ciencia, sus pasiones partidistas. El señor Levillier, de acuerdo en un todo con sus creencias científicas, ha empezado por dejar á un lado la personalidad, sin duda muy interesante, del tirano y se ha preocupado tan solo de buscar cuál ha sido el resultado positivo de su actuación política. Con ese fin nos traza un cuadro sintético lleno de verdad, de la civilización argentina desde 1810 hasta 1835, para compararlo con el cuadro de la civilización durante la tiranía. ¿Con qué fin? Pues con el de analizar cuál era la realidad de las creaciones constitucionales anteriores y poder comprobar de esta manera hasta qué punto Rosas pudo destruir.

«En una como en otra época, empieza diciendo el autor, la civilización no fué un hecho; en la primera fué el «leit-motiv» de las ideologías de los patriotas, el ideal de un grupo, no una realización; en la segunda fué el objeto de los ataques del tirano. Los primeros la trajeron de afuera sin lograr aplicarla; el segundo se limitó á desterrar ó á perseguir á los que la pretendían introducir... La civilización argentina carecía de vida interior, de realidad; Rosas no podía destruir, pues, lo que no era más que una palabra...»

Mas luego agrega: «Su obra capital fué la que llevó á cabo inconscientemente, en su ansiedad de mantenerse en el poder. Fué un mal gobernante, pero su gobierno duró cerca de veinte años. Durante ese largo período, las provincias vivieron con la vista vuelta hacia Buenos Aires, de donde emanaban las órdenes del primer verdadero jefe reconocido del país. Y esa era la vida brutal, pero estable, anulaba definitivamente todo nuevo ensayo en materia de régimen político. Federal por tradición y sentimiento, el país consideraba por fin favorablemente la idea de su gobierno común bajo el cual cada provincia conservaría su autonomía y su soberanía. El alma nacional se había consolidado y sus aspiraciones estaban netamente definidas. Mientras habitaban en el extranjero, apartados de los negocios públicos, los patriotas emigrados

se lamentaban sobre la suerte de su patria; consideraban á Rosas como al obstáculo insuperable de la organización nacional. No discernían el trabajo de unificación que se realizaba en esos años de despotismo; labor lenta y profunda que unía en silencio para bien de la raza los miembros hasta entonces desarticulados é insumisos. La vida obraba en la sombra. Bajo el guante de hierro del tirano, la raza había casi domado sus instintos; las provincias se habían salvado por la obediencia á un poder igualmente temido y respetado....»

«El nombre de Rosas será execrado en la República Argentina como el del más cruel y más sanguinario de sus gobernantes; pero á pesar de su existencia funesta para tantos grandes patriotas y para tantas dignas familias, llenó un papel social importantísimo cuya utilidad no puede ser negada por el analista imparcial... Rosas, cual un incendio que hubiese limpiado el terreno y adaptado el suelo á las semillas nuevas, desempeñó ciegamente la acción de un agente cáustico; gracias á su influencia inconsciente, se cumplirá en el seno de la sociedad argentina la vigorosa y benéfica reacción tan largamente esperada.»

Hasta aquí lo que más me ha llamado la atención de *Los Orígenes Argentinos*. Igual imparcialidad y exactitud objetiva en la observación caracterizan al tercer libro de la obra y á la conclusión, que pasa en revista las vicisitudes de los organizadores y se ve á la raza pacificada, fatigada de las convulsiones de la anarquía y de la tiranía, entrar en la senda de la civilización; que estudian cómo la influencia y formación de las instituciones va plegando poco á poco al individualismo nacional; y luego cómo el trabajo y la riqueza, la inmigración creciente, la paulatina preponderancia de los intereses materiales sobre la vida política, la evolución de la sociedad, de la calle, de la escuela, de la prensa y de la lengua, en una perpetua lucha de los caracteres ancestrales y las ideas nuevas y adquiridas, producen la renovación del tipo nacional; factores todos que terminan por convertirnos en esta «complicación» que somos, según el justo decir de la damisela de Montmartre, y que reclama otro volumen tan penetrante y rico de observación como éste que el señor Roberto Levillier ha dedicado al estudio de los orígenes y de la evolución de nuestro pueblo.

MARIANO A. BARRENECHEA.

EN SECRETO

á Carlos Sanguinetti

La madre de mi amigo que es poeta
y poeta de veras;
la madre de mi amigo que ya tiene
blancos los cabellos de experiencia,
que es como el agua clara de la fuente
de ser buena,
ó como el dulce trino de la alondra
de ser tierna,
ó como el cielo cuando está sin nubes
después de la tormenta,
ó como el ritmo viejo de un recuerdo
que de lejos nos llega;
la madre de mi amigo cuyos versos
por suaves me deleitan,
la que tiene miradas infantiles,
de serenas;
la madre de mi amigo me contesta,
cuando quiero contarle entre sonrisas
una secreta pena:
—Con ese genio alegre no se sufre,
se va donde se quiera!...

Madrecita de mi amigo, no entiendes
este mal que me acaba...
es un deseo de saber del mundo,
un deseo de nada,
un dolor de esperanzas y de dudas,
una tristeza larga,
donde cada alegría es una válvula,
donde cada ironía es una llaga.

.

Madrecita de mi amigo, no encuentro
cómo mejor contártelo;
yo sé que sufro mucho y no lo digo
porque lo llevo adentro;
por más que tú me veas impasible
y de optimismo lleno,
sin embargo se retuercen mis entrañas
en un dolor eterno.
¡Yo sin querer soy malo
aunque me sienta bueno!...
¿Es el tedio, es el frío, es la zozobra,
ó talvez el ensueño?,
pero es un aguijón que está en el alma,
un pensar para cada pensamiento,
dolor en las ideas ó en la vida,
qué sé yo madrecita de mi amigo
¡si yo mismo no entiendo!

PÍO PANDOLFO.

EL ASCETA DEL TEATRO

FERRUCCIO GARAVAGLIA

A poco más de los cuarenta años ha muerto el Aeda del renacimiento lírico del teatro dramático. Venida la crisis de la novela y del drama patológico experimental, y reconducidos la novela y el drama á los puros lavaderos de la poesía eterna, Garavaglia luchó, combatió, venció y murió para afirmar los derechos de la poesía sobre el teatro. Ermete Zacconi había gallardamente interpretado «Hamlet», pero en la interpretación *zacconiana* Hamlet era un loco. Ferruccio Garavaglia extrajo á Hamlet del hospital y lo elevó de nuevo á los cielos de la poesía más pura y melancólica: «Pienso que á veces, los demonios asumen las formas de muertos queridos para tentar los espíritus melancólicos que les sobreviven».

En estas palabras que el trágico príncipe de Dinamarca dice, cuando le asaltaban las primeras dudas después de la aparición, sintetizábase la interpretación de Ferruccio Garavaglia; en estas palabras estaba el límite extremo, tenue y esfumado entre el alma del príncipe y la del intérprete; ¿qué son acaso los demonios, sino toda la esencia del mal, la fuerza espasmódica de la lucha cotidiana, jadeante é inútil que con promesas vanas seduce los espíritus melancólicos y, en el límite donde se desvanecen

La importante revista florentina *Rassegna Nazionale*, publicó en uno de sus últimos números el presente artículo que, por referirse al gran artista desaparecido y estar escrito tan sentidamente por uno de los íntimos amigos de Garavaglia, hemos creído oportuno reproducir. (N. de la D.)

sueños y realidades en una sombra de duda, los sacude, los sujeta y los atormenta?

Ferruccio Garavaglia fué un espíritu melancólico de verdad; de una melancolía que á veces se velaba de fuerza, alimentada siempre de pertinacia, pero pertinacia de un sueño heroico del espíritu. La realidad de la vida jamás fué vista por Garavaglia: habíala columbrado y la huyó; se refugió en otra parte, en los reinos de la poesía; quiso conducir el alma de la muchedumbre lejos de la obscura miseria de la existencia; de la realidad sintió solamente las puntadas sobre la epidermis demasiado fina de su corazón demasiado tumultuoso. Tenía la apariencia y el espíritu del asceta: rostro flaco y aquilino, frente augusta, ojos en los cuales estaba la sonrisa de lejanas estrellas, gesto breve, siempre vibrante de ansia, de deseo, de una loca pasión de ascender.

Hay actores que poseen profundidad de intuición y eficacia de representación; pero en todos una y otra cosa son diferentes: en Garavaglia formaban una sola cualidad, magnífica y suntuosa, cualidad que resultaba de la identificación que admirable y misteriosamente se realizaba entre él y el personaje. Llegado nostálgicamente á las selvas de la tragedia, se detuvo: habíase vuelto *Rey Lear*, mendigo regio que se despojó de todo para tener el placer de regalar; habíase vuelto *Hamlet* gritando su angustia de hijo y su preocupación del *cosmos*; ningún actor jamás ha vivido sus personajes como Garavaglia. *Rey Lear* le daba vértigo y algunos días antes de representarle comenzaba á sufrir y sufría con sólo hablar: su corazón se aceleraba, su rostro resplandecía, la voz tonante adquiría temblores y caricias. Llevaba en sí sus personajes como se lleva la gloria de los propios sueños en los meandros grises del cerebro. Comparaba constantemente *Hamlet* y el leopardiano *Pastore errante*; ¿cuál de los dos posee palabras más ardientes para expresar la propia duda? ¿Cuál de los dos sabe dar á la propia duda un contenido más eterno é inmanente? *Hamlet* no eleva hacia lo universal su duda; Garavaglia prefería el *Pastore errante*, y lo decía admirablemente á la muchedumbre, escandiendo los versos supremos, como queriendo hacer vibrar en el monstruo ciego las preocupaciones del *cosmos*, preocupación que Garavaglia había tenido y vencido. Su alma por fin había osado contemplar lo absoluto y descansar en él confiada. Garavaglia era religioso y observante; la amplitud de sus miras, la pureza de su fe no le había

velado las prácticas religiosas y, como padre, había puesto su hijo en colegios religiosos, cuidando y recomendando la educación del espíritu: de la religión entresacó la austeridad de su vida. Fué, es cierto, gastador, y gustó rodearse de elegancia y de fasto, pero ¿qué importa? En su casa no entraron concubinas, de su voz no se oyeron sino palabras incitando al bien, no practicó un solo vicio; respetó los afligidos y dolientes, tuvo bondades para los vencidos, y no temió el prejuicio del público al pedir respeto para el vencido, él que vivía del público; llamado como testigo en un juicio penal contra una desgraciada que, apurada por la necesidad había falsificado letras de cambio, damnificándolo á él mismo, se extendió á hablar de las desventuras de la desgraciada, y terminó, pálido y conmovido: «Y si ésta, al salir de la prisión, no tiene donde ir, yo le abriré mi casa; mi casa está siempre abierta á los vencidos y á los que sufren».

Pasó como un asceta entre los mimos é histriones, sin cuidarse de los beneficios, desdeñoso del triunfo. Rechazó las comedias que no le gustaban, aunque llevasen nombres de autores ilustres; pero cuando en algún trabajo vislumbraba una luz de poesía, se entusiasmaba, y él, á quien lo superfluo le era necesario, mantenía á su costa al autor. No pronuncio nombre alguno; espero que algún beneficiado lo hará.

El drama burgués lo molestaba. «La vida no reside toda en el pequeño adulterio, en la estafa de un cajero jugador, en el pequeño juego de bolsa. Es más grandiosa y más vasta; los franceses han querido circunscribirla entre los pretils de un teatro, y la han afeado. Yo quiero llevar al teatro el anhelo de las muchedumbres; el alma moderna tiene otras necesidades, otras preocupaciones».

¿Fué un romántico? ¿Fué un clásico? ¿Fué un rebelde, un entusiasta, un sufriente, quien ha narrado los sufrimientos que el ensueño causa á quien desee vivirlo?

La muchedumbre lo idolatraba: cuando su delgada figura de adolescente, sobrepujada por la frente demasada pensativa, se perfilaba en la escena, era un estallido; hombre alguno jamás ha suscitado tanto entusiasmo como este latino hijo de Irving. Hubo momentos, asistiendo á estas demostraciones, que he pensado si en realidad la multitud no tendría un alma propia virginal y profunda, si no sería una charca que conservase corolas incontaminadas.

Garavaglia empalidecía: no se había habituado al

triunfo ni á la crítica; el asceta jamás había sabido vivir la vida diaria: permaneció un chico fácil á la risa y al llanto, un amigo entusiasta y consagrado. Amaba la vida, la vida en sí, el latido del corazón que permite la contemplación de la mente, el fuego del espíritu, el descanso que consiente el gustar las variadas sensaciones del aire y de las campiñas, la vida primitiva, la vida hermosa, la vida como introducción necesaria á los arrebatos del espíritu. Este hombre que la vida de las ciudades y la vida de los crepúsculos había minado, adoraba el campo. Ningún suceso borraré jamás de mi corazón el recuerdo de nuestros paseos: moría el invierno, de la primavera no se sentía sino el escalofrío lejano en algún rayo más claro del horizonte. Con él y con otro amigo, un alma austera y dulce que poco habla y mucho ama, salíamos á recorrer la dulce tierra de Emilia; hacíamos largas paradas, inertes, contemplando una nube que huía, embriagándonos con un primer temblor de verde: ningún niño, ningún santo fué contemplador más ardiente. Su pequeña casa de Bogliasco era rústica, pero abierta á la sonrisa brillante del horizonte tierno, golpeada por todos los vientos de la Italia marina: su hijo en la arena, una hermosa obra para estudiar, una sonrisa de amigo eran su felicidad, de que gozaba de vez en cuando y fugazmente, habiéndole dado todo á un sueño que era peregrinaje y *via crucis*. Todo lo había dado, nada pidió, poco obtuvo, pero venció; trazó el nuevo surco, arrojó la nueva semilla y la regó con sus lágrimas, su sangre y su vida. La hoja de la espada ha gastado la vaina; la llama ha consumido el aceite; pero queda la llama en los corazones y en las cimas.

Ser hecho de alas, no supo caminar; después de haber conducido el teatro Argentino al gran triunfo, se retiró. El hecho pareció inexplicable á muchos, pero su alma ardiente é inextinguida había vislumbrado que en el puro sueño del teatro italiano se habían infiltrado elementos comerciales; de ahí que se hubiese retirado. Otras veces su espíritu tuvo estas repentinamente reflexiones sobre sí mismo: la vida le fué enemiga y la muerte atroz; cuando el nombre del artista ilustre había penetrado en el cielo de las constelaciones oficialmente reconocidas, cuando una sonrisa de desahogo le brillaba, cuando parecía ya salido del valle de su tristeza atroz para entrar en el oasis de la melancolía serena, la muerte llegó, no de improviso y arrebatadora como amante que roba á su amada, sino lenta

y absorbente como un progresivo sueño letal: después del agotamiento de los primeros días, pareció que sus energías se centuplicasen, que una pequeña llama de vida total se le encendiera en cada fibra y en cada célula: pequeñas llamas espasmódicas y ansiosas como pequeños negros demonios. Y, como si en cada célula de su ser se hubiese formado un pequeño demonio cruel, y el ejército de los gnomos se sublevase, así todas sus fibras erguidas gritaron oponiéndose á la muerte. Las unas lucharon con las otras, se laceraron y se destruyeron. Y el enfermo se retorció en su lecho, «lecho de dolor — me escribía, — de nostalgia, de recuerdos». No sintió acercarse la muerte como un apagamiento, sino como una centuplicación de fuerzas en el dolor; tuvo raras pausas y en ellas el alma se inclinó ante lo absoluto; quiso la bendición y absolución; volvió á luchar desesperadamente, le faltaba la respiración, creyó entrar en los reinos de la fiebre, entró en los de la muerte. El destino, ni el abrazo del hijo le concedió; el hijo tan deseado, tan amado, no llegó sino doce horas después de la muerte, habiendo atravesado la Italia con la atroz certidumbre en el corazón.

El último pensamiento que tengo de él, es para su hijo. El 15 de Abril me escribía una carta temblorosa, quebrada en la sintaxis y en la escritura, una carta quejumbrosa, sollozada: «Napoles gran éxito... Repito el triunfo de Santo... esperanzas... anhelos... sueños y mi mente siempre clara y siempre alegre por lo que ve... Cuando te volveré á ver dulce amigo... Lloro... Amigo, amigo, saluda á Sinibaldi y á mi Leo.

Ferruccio».

No volvió á ver al amigo, ni á Leo, ni á Sinibaldi, el amigo austero y dulce que habla poco, ama mucho y silenciosamente desolado lloró sin sollozos el día funesto.

Y lloremos nosotros al artista elegido, al incomparable amigo que aparecía solamente en los momentos de duda y de dolor, con dulzura inesperada; lloremos á aquél que entre los mimos é histriones pasó como un asceta; lloremos su fuerza apagada que arrojó la corona de los reyes, la duda sollozante de las almas y el helado latido de la Osa sobre la frente de la séptima Musa.

ANGELO RAGGHIANI.

LETRAS ARGENTINAS

«Blasón de Plata», Meditaciones y Evocaciones de Ricardo Rojas, sobre el Abolengo de los argentinos.

El señor Ricardo Rojas aparece á través de su ya copiosa obra literaria como un pensador á quien preocupan los problemas de su raza y de su patria.

La naturaleza le ha dotado de un temperamento vigoroso como el quebracho de su selva santiagueña. Una fuerte voluntad anima su ser. La vitalidad de su espíritu expándese en enérgicas vibraciones. Solidario con lo humano y con lo más íntimamente ligado á sí como es la tierra en que ha nacido y los hombres nacidos en esa misma tierra, el escritor Rojas ha consagrado su esfuerzo á una determinada prédica idealista y patriótica, que él conceptúa con razón la más noble tarea para un intelectual de este país en la época presente.

Cómo realiza el señor Rojas esta labor y qué alcance tiene ella en sus manos, es cosa que procuraremos dilucidar en las páginas siguientes, examinando su último libro, que es el que más define esa tendencia del autor.

Desde luego, la orientación del señor Rojas presupone un espíritu tan lejano de todo escepticismo, que casi raya en el extremo opuesto, ó sea el fanatismo de sus ideas directrices, del que lo preservan, no obstante, el ejercicio mental que implican sus hábitos de estudioso y la solidez y variedad de su cultura.

NOTA.—En el presente artículo se esboza apenas un estudio acerca de este libro cuya complejidad requeriría desde luego, muy más extenso exámen. El autor se reserva pues para otra oportunidad, el desarrollar más ampliamente sus ideas acerca de muchos puntos del mismo.

Desde *La Victoria del Hombre* mostró el autor el fondo de su alma optimista y creyente, en el sentido que debe tener esta palabra sin referirse á determinada religión. Poseído de un sentimiento vagamente panteísta, heliólatra, fervoroso que ama á la naturaleza y á la vida y confía en ellas, su fe en la humanidad y en la patria, comunica á su ritmo y á su estilo, que en él «es todo el hombre», el ardimiento entusiasta de convencido y de apóstol que late en los períodos armoniosos y rotundos de su prosa. Ya la *penetración simpática* de ese gran espíritu que se llama Emilio Becher, supo calificar al de Rojas, á propósito del poema citado, de «netamente religioso en la acepción más noble y menos usada de la palabra». Y yo creo ver en él, ante todo y más que todo, á un poeta con algo de visionario y de místico, en quien la inquietud del misterio pone á veces un toque de superstición. Aquel poema, de cuyo valor extrínseco ó formal prescindo en absoluto para buscar su sentido más recóndito, atestiguaba en Rojas una cierta preocupación cosmogónica, una especie de interés filosófico, propios de toda alma á quien atraen los secretos de la naturaleza y de la vida.

Si licet parva componere magna, yo diría que hay en Rojas algo de ese «lirismo adivinatorio» que ha señalado en Michelet el autor de «Los Orígenes de la Francia», pero también ese «tono mal templado», esa «ebullición desigual de una inspiración ardiente», esas «voces del corazón» y ese «ditirambo incesante». Su pensamiento apodérasa comunmente de las visiones de conjunto sin analizar lo bastante, generaliza con facilidad peligrosa y está dispuesto siempre á magnificar los hechos y las cosas con la expresión poética de su verbo.

Una confianza ilimitada en sí mismo, lleva al señor Rojas á exagerar la seguridad en su palabra y en su gesto que resultan á veces demasiado categóricos. Su manera de afirmar es una característica defectuosa en un talento que precisamente por su educación, debiera reconocer que hay cosas que no pueden ser objeto de aserciones rotundas, y que es conveniente dudar un poco á veces de nuestras representaciones. Mi verdad es la verdad, parece ser el postulado que fluye de la obra y la persona de Rojas. Suele asumir en sus libros posturas vaticanas y ademanes de hierofante y todo ello es producto de su individualidad apasionada, impetuosa y llena de fé en sus creencias y en su esfuerzo.

Tal se nos presenta en su último libro donde no obs-

tante tratarse de una obra de contemplación meditativa, asume su voz en ciertos capítulos, airados tonos de polémica.

Blasón de Plata continúa la corriente de ideas iniciada por *La Restauración Nacionalista* en cuanto su objetivo es suscitar el sentimiento de conciencia nacional por la contemplación de la tradición, la solidaridad íntima con el pasado y el conocimiento de la tierra natal. Pero la primera, siendo su base un informe sobre educación, tenía un carácter más circunscripto y concreto: se trataba de restaurar el sentido nacionalista por la enseñanza de la historia. Esbozaba ella en consecuencia un plan, un programa. En *Blasón de Plata* henchido del mismo sentimiento y persiguiendo idéntica finalidad, el pensamiento del autor tórnase empero más complejo y de proyecciones más vastas. El señor Rojas se propone realizar aquí la intrahistoria, la historia espiritual de la patria, desde los orígenes de la nacionalidad, que en su sentir nació, propiciada su emergencia y desarrollo por una fuerza misteriosa y tutelar, como quien dice «por un decreto especial de la Providencia» si es dado emplear con respecto á una nación las palabras de Renán á propósito de Hugo. El Sr. Rojas vé en el mito argénteo del estuario epónimo una revelación del destino de nuestra patria. «Tal ha sido, dice, la leyenda heráldica del solar donde se generó nuestra stirpe; las aguas del gran río la bautizaron con su nombre «argentino», ellas fecundaron su pampa ó ritmaron su historia, y desde la génesis del destino, todo fué presidido por el auspicio de la generosa quimera fluvial». «El encanto de la leyenda originaria, continúa, se ha desvanecido para el propio pueblo que recibió de ella su nombre. Restaurar nuestro *Blasón de Plata* con el testimonio de los viejos cronistas, en el momento en que ese pueblo afirma su conciencia colectiva, é interroga su porvenir, es obra de verdadero indianismo, ya que tuvo la suerte de reunir cuna, bautismo y augurio en cosa tan estable como este occidente de su propio territorio».

Lo que hace interesante y significativa la obra del señor Rojas no es precisamente el elemento histórico ó científico que pueda haber en ella, aunque su autor la haya disciplinado y haya buscado su documentación «por cierto escrupulosa» — según manifiesta el prólogo, — en la historia, la ética, la sociología ó la política. Fincan en todo caso ese interés y esa significación en la original visión global ó sincrética del autor, en su *interpretación mística*

de los acontecimientos y de las leyendas que los deforman ó magnifican. La recapitulación histórica en sí misma, es cuestión de erudición al respecto, que prueba, eso sí, prolijos estudios americanistas. Lo que se refiere á la América precolombiana y á las leyendas antiguas acerca de la existencia del mundo ignoto, desde la Atlántida, cuyo nombre nos llega resonando en Platón ⁽¹⁾ y desde el *De Mirabilis Auscultatione* de Aristóteles hasta las referencias de Diodoro de Sicilia, los testimonios de Estrabón y Posidoro y los versos de Séneca in Medea, son cosas al alcance del estudioso. Otro tanto las defectuosas crónicas de Schmidel y sus coetáneos.

Así pues el valor y la belleza de *Blasón de Plata* está en la concepción poemática que los mitos, y la «contemplación de los paisajes natales», han tenido la virtud de suscitar en el poeta, infundiéndole el arrebató y la emoción lírica que cantan en su libro.

En mi sentir puede hacerse en esta obra un distingo entre dos partes compenetradas desde luego y continuamente entremezcladas en el curso de la misma, pero en cierto modo diversas. La que se refiere al *Blasón de Plata* propiamente dicho, concepción poética emocional ó sugere y la que toca al *indianismo* que tiene el carácter de tesis sociológica, aunque esté expresada también en forma mística y lírica.

Al hablar de *indianismo*, el Sr. Rojas establece que la influencia de la raza autóctona, perdura profundamente aún en nosotros y determina la base de nuestra idiosincracia de pueblo ó para decirlo en una palabra, que ella constituye el *sustratum* de la nacionalidad. Quiere en consecuencia el autor reivindicar para el aborígen la atención que se niega, según él, al estudiar nuestra entidad social, á aquel precursor en la tierra que habitamos.

Su obra encierra un capítulo «En que se reivindica la memoria de los individuos (indios) muertos y se dice lo que de ellos perdura en nuestras tierras y en nuestras almas».

Que ese influjo hereditario exista en alguna forma es por cierto admisible. Lo difícil es concretarlo y determinarlo. El capítulo citado no creo que lo consiga. El señor Rojas señala en forma ligera las cosas, modalidades, costumbres é instituciones perpetuadas por los aborígenes en los tipos sucedáneos, tales como «el caudillismo y la

(1) Rubén Darío.

montonera de nuestra política, los mitos y leyendas de nuestro folk lore, los idiotismos y americanismos de nuestro vocabulario, el poncho y el chiripá de nuestros gauchos, la lanza, el lazo, las boleadoras y levés de nuestros combatientes...» «De él nos viene también, dice, la habilidad del rastreador ó del baquiano y ciencia atávica de los huarpes era la de Calibar. Legado indígena son también las hierbas medicinales, el rancho de quinchá, los telares de lana, y los zumos tintóreos que aun usan los campesinos del interior».

Podría invitarse al señor Rojas á considerar que no solo casi todo eso ha desaparecido ya, sino que también ha desaparecido casi el tipo *heredero* de la mayoría de esas cosas, ó sea el gaucho de nuestra campaña, por lo menos en su integridad idiosincrática. Algunas de las cosas citadas, ya sean aptitudes como el rastreo, ó simples costumbres ó utensilios, perduran tan solo como excepciones reducidas. Lo que habría que determinar pues, es, sino ya la influencia etnológica en que el mismo autor no hace hincapié, sí la influencia psíquica, — lo más importante al fin y al cabo, — del elemento autóctono. El Sr. Rojas lo intenta, reincidiendo tan solo en definiciones ligeras, como cuando dice: «Perduraciones de su carácter son la indolencia, el valor y la melancolía del gaucho» ó en expresiones místicas, como cuando escribe: «Y no solo han dejado su huella perdurable en las cosas del alma y de la tierra, sino que algo de sus espíritus visionarios flota aún en la forma ó en el misterio de las constelaciones más lejanas».

A nuestro modo de ver, esto no prueba nada. Tampoco lo primero, pues aparte de que habíamos quedado en que el gaucho apenas subsiste en su integridad de rasgos, podríamos aducir asimismo que el valor era también cualidad esencialmente hispana, y en cuanto á la melancolía no creemos que el conquistador, ascético, dominado por el terror religioso, y llevando en su ser toda la atávica tristeza moruna, fuese un tipo precisamente alegre. Podría además decirse que la habilidad ecuestre ⁽¹⁾ del gaucho, su instrumento dilecto y la gradación doliente de su canción quejosa, son legados del árabe ancestral transmitidos á través del español.

Como se vé el señor Rojas llega solo hasta el gaucho en su intento de demostrar la perpetuación indígena. Si

(1) El indio realizaba, es cierto, proezas de equitación, pero si se recuerda que el caballo fué importado por los españoles, pues en América no existía, se reconocerá que esa habilidad fué adquirida del invasor.



PEPITO ARRIOLA

CÉLEBRE PIANISTA DE QUINCE AÑOS, QUE DARÁ PRÓXIMAMENTE UNA SERIE
DE CONCIERTOS EN EL TEATRO DE LA ÓPERA.

quisiera probarla en los argentinos contemporáneos, ello le resultaría aún más difícil. Esta dificultad al determinar la verdadera influencia del indio es explicable si se tiene en cuenta que para hacerlo sería preciso conocer perfectamente en *todos* sus rasgos psicológicos á *todas* las tribus de indios que poblaron nuestro suelo y entraron en la formación de nuestro tipo espiritual. ⁽²⁾. Ahora bien, hay que confesar que eso no se conoce y el autor lo declara más ó menos en el capítulo «Donde se nombra á los aborígenes argentinos y se señala la dificultad de rememorar á tan numerosas tribus», que no eran además iguales entre sí, como el mismo lo afirma diciendo: «La palabra indio», por consiguiente, se ha de aquilatar en cada caso según el grado de civilización del pueblo á quien se aplique, pues no eran idénticos los calchaquies á los charrúas, ni los diaguitas á los querandíes; ó según la época histórica, pues su conducta difirió de la hospitalidad primera á la rebelión ulterior y del sometimiento colonial al malón contemporáneo». Así pues, resulta imposible establecer claramente qué es lo que nuestro espíritu debe realmente á la influencia indiana y el señor Rojas no dejará de reconocer que para quien no sienta como él por intuición ese influjo, su exposición no tiene una virtud suficientemente convictiva.

La disquisición histórica en que el autor se apoya, sigue en general un movimiento que puede llamarse *deductivo*. Formada en su espíritu la convicción que en la obra alienta, va hacia los hechos para corroborarla. El mismo lo manifiesta, si no me equivoco, al declarar: «Yo por mi parte, sólo sé que llegué á su concepción menos en la frecuencia de otros libros, que en la contemplación y meditación de los propios paisajes natales y en los rasgos autóctonos que las tierras nuevas imprimen en los seres que crean». Quiere decir entonces que el autor busca en los documentos, — trasunto más ó menos fiel de los hechos, — la explicación ó corroboración de las ideas y sentimientos latentes ya en su espíritu por una intuición extraña. A los efectos exclusivos de la historia, tal procedimiento resulta peligroso, pues con él «la historia vendría á ser la demostración de una tesis y no el relato

(2) Ante tanta variedad de tipos, razas é idiomas siendo todo poco conocido y estudiado, bien difícil será al psicólogo sociólogo presentar *si es que los hay*, los principales rasgos psíquicos comunes de los indígenas americanos. CARLOS OCTAVIO BUNGE. *Nuestra América*.

de la realidad pasada ⁽¹⁾. Pero ello es lógico en quien no cree en ella como ciencia positiva ⁽²⁾. Su visualidad histórica, aun cuando se dirija á un conjunto de hechos ciertos (de una certitud relativa, desde luego), tiene que resultar influida por los sentimientos que le dominan. Su apreciación es entonces subjetiva y personal, y siempre le quedaría la razón del *Je le vois comme ça*, célèbre.

No podría encararse así, por cierto, una obra exclusiva y científicamente histórica, pero sí una de esta naturaleza, que el autor mismo considera ni conceptual, ni doctrinaria, ni didáctica, sino «un libro de pura emoción que, como los libros heráldicos, reavivase por la leyenda ó la historia, el orgullo y la fe de la casta».

Siendo un libro de pura emoción, él se dirige, como es natural, más al sentimiento que á la razón, aunque se trata de un sentimiento razonado. En ese sentido puede, sin duda, actuar dada su emoción sugestiva, su belleza poética y legendaria y su alto sentido idealista y patriótico, sobre el espíritu del lector, pero sólo á título de obra de esa índole y descartando, por su insuficiente comprobación, la tesis involucrada.

Novicow, que tanta importancia concede al interés recíproco de los individuos, en la solidaridad de los pueblos, afirma, sin embargo, con razón que *el sentimiento tiene la última palabra en lo que se refiere á los fenómenos sociales* ⁽³⁾.

La volición social que impulsa al señor Rojas en su apostolado, tiende, pues, acertadamente á actuar sobre el sentimiento. Busca producir y afianzar la solidaridad racial, la conciencia territorial que dé á los argentinos la cohesión y comunidad de ideales necesarios para constituir la verdadera patria.

(1) XENOPOL. Teoría de la Historia.

(2) Desde luego la Historia no es ni puede ser una ciencia en el sentido positivo de esta palabra. La Historia requiere hechos susceptibles de comprobación objetiva y después, conocimientos susceptibles de organizarse en sistema y de fundarse en leyes. La Historia carece de tales hechos desde que solo se nos alcanza del pasado una sombra mental, una reconstrucción que es siempre imaginativa. Hechos de tal naturaleza son tan controvertibles y tan díciles á nuestras concepciones *á priori* que tampoco se ha podido fundar en ella una sola ley sobre la civilización.

RICARDO ROJAS. *La Restauración Nacionalista*.

(3) «S'imaginer d'autre part q'on peut édifier quelque chose de stable en dehors du sentiment, c'est faire preuve de profonde ignorance en psychologie et de plus extreme avengement. *Le sentiment a le dernier mot en toute chose dans les phénomènes sociaux*».

J. NOVICOW. *Conscience et Volonté Sociales*. Erreurs des procédés actuels d'apostolat. Chapitre XII. pag. 170.

Su objeto no puede ser por cierto más elevado ni generoso y ello hace hasta disculpables algunos errores de su doctrina. El solo hecho de hacer meditar sobre estos puntos, la sola virtud evocativa y sugerente de su libro, es un mérito que nadie puede desconocer.

«Dénme los argentinos su simpatía...» dice el autor. ¿Cómo no dársela al que pone todo su espíritu de artista y de poeta, todo el vigor pujante de su mente al servicio de tan noble ideal?

Blasón de Plata, por la fé y el anhelo patriótico que lo encienden, por el idealismo puro que en él vibra, por la emoción poética que lo embellece, quedará como la obra de quien en un momento de nuestra historia aspiró, rebuscando en los armoriales de la nacionalidad el abolengo de los argentinos, á ser como el mensajero *heráldico* de la patria.

«Versos de amor», por Arturo Giménez Pastor.

El autor de este pequeño florilegio de rimas amorosas, no ha dedicado especialmente ni siquiera regularmente su actividad literaria á la poesía. Escritor dramático afortunado y de mérito, prosista delicado, galano y singularmente expresivo, cronista brillante y pintoresco y agradable conversador, sólo como una flor más de su variado y claro ingenio, ha dado en componer esas sencillas trovas. Dicho se está con ello que no es esta la obra de un poeta á quien haya que considerar muy detenida y minuciosamente por la significación de sus trabajos, sino la accidental labor poética de un escritor de talento múltiple.

La sencillez del propósito queda evidenciada en ese título simple y directo: *Versos de Amor*. La pasión eterna y todopoderosa, venero el más fecundo de poesía y de belleza, es cantada por el autor á la manera himnica y exclamatoria de los poetas castellanos anteriores al simbolismo que en eso como en todo ha sutilizado la visión y la expresión de las cosas. El Sr. Giménez Pastor ajusta su verso al tono en que Núñez de Arce dice por ejemplo:

Oh eterno amor que en tu inmortal carrera
Das á los seres vida y movimiento!

No son sus poesías sùtiles expresiones de estados de alma amatorios, sino más bien visiones de conjunto del amor considerado de una manera algo objetiva si así puede

decirse. Se habla aquí de él sin ahondar sus divinos secretos, sin sugerir esos matices del sentimiento que contagian la emoción por su insinuante sutileza. Se habla de él cual pudiera hacerse en una amable rueda como la que describen los versos de Enrique Heine:

En la hora del té, por todos lados,
Del amor se discute la cuestión.
Los hombres á la estética entregados
Las damas como siempre al corazón.

Falta en los versos de Giménez Pastor intimidad, subjetivismo. Su poesía resulta poco penetrante en su simplismo total y en su carencia de interioridad psicológica. Así aun cuando cante amores lejanos y desvanecidos no alcanza casi nunca á infundir esa sentimentalidad nostálgica que persigue, pues su verso no hiere con la revelación de reconditeces espirituales. Y para ser un poeta amoroso es necesario ser ante todo hondamente subjetivo.

La falta de intimidad, la expansividad contraria á la emoción, se define en una de las composiciones del libro, característica al respecto. El poeta sufre el divino mal de un amor imposible y lejos de guardar el secreto de su pasión en el «recuerdo solemne como un santuario obscuro», «para poder amarte sin que nadie lo advierta», como el cantor de los *Cuatro amores de Dryops*, llama á todos para que escuchen su queja dolorida. Ahora bien, en poesía el sentimiento amoroso ha de ser lo contrario. Ni expansivo ni comunicativo, sino recatado en lo interior del ser como una flor cuya pureza quiere preservarse de la mirada ajena; como un tesoro guardado con recelosa avaricia.

Se dirá que el lector resulta siempre á fin de cuentas el confidente del poeta y que éste por el solo hecho de cantar tórnase comunicativo, pero esto no quiere decir que haya de dirigirse *directamente* á él para contarle sus cuitas amorosas sino en todo caso á la amada real ó ideal que puebla sus sueños.

El autor dice en otra composición de la misma índole que la citada:

He de decir que fué un amor dichoso
Lo que hizo bello el tiempo de que os hablo?
Bien pudiera, lo sé, callar el tema.
Sí: una mujer; lo habéis adivinado.

Esta forma narrativa y confidencial es incompatible con el sentimiento que se trata de expresar.

Esto no significa que no haya excepciones en que el autor acierta con la nota sentimental:

Para que estará ahí ese camino
Que lleva á la casa donde iba yo á verla?
Ya por él no se va á parte alguna...
Ya en él nadie espera...
Hace tiempo que gentes extrañas
Habitan la casa sombreada de ausencia.

Las facultades poéticas del Sr. Giménez Pastor se aplican más felizmente á composiciones de entonación ódica, como «La Ofrenda», en que evoca y canta á los grandes poetas del amor: Salomón, Dante, Shakespeare y toda la falange armoniosa:

Poeta del Cantar de los Cantares!
Poeta de la inmensa selva obscura!
Que dejaste flotando la ventura
De un beso en la tiniebla del horror!
Poeta de la noche de Verona
En que el cielo estrellado se prosterna
Ante la sombra en que se mece eterna
La escala suspendida del balcón!

ó á las de carácter puramente descriptivo, porque entonces su sentido del color y del movimiento presta relieve al paisaje y á la escena, como en *Nada... Todo!* cuyo romance adquiere á veces una elegancia gongórica:

El paisaje envuelto en leve
Oro de sol otoñal;
Silencio en la luz dorada,
Y en el follaje fugaz,
Silencio de rumor leve
Que la brisa hace temblar.
Al extremo del sendero
Que cual blanca cinta va
Rodeando sumiso el lago
Con curva suave é igual,
Una silueta que espera
Fijo el inquieto mirar
En la senda enarenada
Que se esconde más allá
Tras no lejano bosque
Con curva suave é igual.

En general, no tiene la técnica del Sr. Giménez Pastor esa concisión que es una conquista indiscutible del verso moderno. Sus composiciones se expanden en largos giros perdiendo intensidad. Por lo demás sus poemas sino producen hondas emociones, se leen en cambio con agrado por su espontaneidad y fluidez.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

CRÓNICA MUSICAL

Antonio Sala

Este notable violoncelista español nos ha visitado últimamente, celebrando en el teatro Odeón una serie de seis conciertos.

La crítica ha sido unánime estableciendo que hay en el señor Sala un técnico impecable que por la calidad y número de sus recursos puede ser considerado como uno de los perfectos dominadores de ese instrumento. Con estas condiciones especiales, que posee en grado superior, se halla en circunstancias propicias para realizar acabadas interpretaciones, y esta es la calificación que correspondería á sus ejecuciones de la sonata de Locattelli y del concierto de Haydn, que figuraban en el programa del concierto inaugural.

La emoción, espontánea y viva, firme y persistente, — como sus mismas aptitudes mecánicas — se adapta á las más diversas maneras, y es así que después del concierto de Haydn le oímos interpretar también magistralmente la «Elegía» de Faure, en la que evidenció un dominante sentimiento del color. La Tarantella de Popper, otro de los números de la primera sesión, le valió un arranque de entusiasmo del público. En ella combinó el señor Sala muy oportunamente el colorido y la elegancia de la Elegía y del Adagio de Haydn, resultándole una página tal vez incomparable.

Se ha objetado que hay cierta unilateralidad en sus interpretaciones, señalando como una de sus características la ausencia de vigor.

Conviene recordar que en las obras contenidas en sus programas, las páginas en que pudiera aparecer vigoroso han sido escasas, si se exceptúa la sonata de Valentini en la que todo el primer tiempo requiere una alta sonoridad. Es posible que su nota no sea enérgica, pero es siempre voluminosa, intensa y amplia, y acaso sea este el límite prudente de la energía en cuanto se la considere desde

el punto de vista de la belleza musical. El concepto de fuerza parece no incluir un concepto de belleza cuando el medio expresivo es el sonido y cuando la textura orgánica del elemento de transmisión es sensible á la más ligera violencia y parece reclamar sólo una energía muy cuidadosamente graduada.

Existe para los instrumentos de cuerda, como se sabe, un justo medio fuera del cual la «musicalidad» desaparece, y desaparece generalmente cuando el ejecutante finca en una alta sonoridad la elocuencia de una expresión que excede la línea común de su aptitud emotiva.

Para nosotros, el señor Sala ha persistido rectamente dentro de una manera feliz de expresar sus emociones de arte, tanto más que, poseyendo en grado máximo la educación exterior ó técnica, pudo llegar á ser vigoroso, fuerte, arrebatado, sin violentarse lo más mínimo para ello.

Compréndese de inmediato la absoluta facilidad de conseguirlo desde que es rasgo común de todos los «sonadores» ó «rasca-cuerdas», que confían al dedo lo que les niega el alma. ¿Serán, por el contrario, y con la misma facilidad, delicados, suaves, tiernos ó dulces? La imposibilidad está aquí y no allá. Sala pudo serlo y no lo quiso. Despreció acaso la única manera de triunfar en el público.

Y esto nos lo revela mejor. Puede decirse de él, como de algunos, que ha llegado al arte de persistir en la delicadeza que le sacrifica.

S. A. de Música de Cámara.

Esta sociedad musical que dirigen los señores Fontova y López Naguil ha realizado últimamente su 10.^a sesión en La Argentina, con un programa en realidad llamativo, pues contenía una obra nueva para nosotros: una sonata de Lewandosky, y un cuarteto de Dvorack.

Sin embargo, sólo esta última obra consiguió interesar verdaderamente á la concurrencia, pues el número inicial del programa, cuarteto número 3 de Beethoven, no es en verdad una de las páginas más atrayentes del maestro. Así mismo, no fué ejecutado con la espontaneidad y el acierto con que en otras sesiones se han lucido los intérpretes de la Sociedad de Música de Cámara.

La citada sonata de Lewandosky tuvo también una interpretación si se quiere deficiente, pero en parte de-

bese á la obra misma que no ofrecía á los intérpretes ocasión para una labor más ajustada y más bella.

El cuarteto de Dvorack (op. 96, en fa mayor.) fué la única obra que mereció una calurosa aprobación del público consiguiendo los ejecutantes uniformarse discretamente dentro de la propicia elocuencia y de la emoción franca y noble de este cuarteto.

Desearíamos que en los sucesivos programas se seleccionara con un poco más de acierto, ya que el hecho de intercalar una obra mala reporta no sólo la mala impresión del público sinó que, lógicamente, presiona la inteligencia y dificulta las aptitudes de quienes deben interpretarlas, como ha sucedido en esta sesión.

Vianna da Motta.

Con un programa interesantísimo y difícil en el que figuraban obras de Bach, Beethoven, (Sonata apasionata.) Liszt, (9.^a Rapsodia.) y Chopin (Polonesa op. 53.) dió en el teatro de la Opera el 26 del corriente su primer concierto el célebre pianista portugués Vianna da Motta, alcanzando un gran éxito público.

Trátase de un técnico para el cual no hay verdaderamente dificultades en el instrumento que cultiva, como lo ha revelado en su ejecución de la Polonesa, pero cuya aptitud exterior y mecánica está perfectamente equilibrada por su sentido íntimo y espiritual de las obras que interpreta. Es un objetivista que gusta con fruición el prestigio de la línea, que la destaca con una certitud prodigiosa revelando una hondura de análisis que le merece la calificación de psicólogo con el mismo derecho que la de músico. Su método interpretativo se reduce á la estricta verdad de las obras que ejecuta, y en este sentido la 9.^a Rapsodia resultó todo un panorama, así como la Sonata apasionata fué traducida con una emoción desbordante y magnífica.

Pero donde halla una aplicación ajustadísima este método es en las obras de Bach, perfiladas, resueltas, definidas, donde la línea constituye el propósito total de la combinación melódica y que por esto pueden ser magistralmente interpretadas por quien, como da Motta, tiende á definir, á concretar la personalidad destacando el trazo. Posee un prodigioso instinto del pensamiento musical, instinto que le hace perseguir el contorno, extraerlo de la hondura de los conjuntos con una eficacia asombradora,

y que por otra parte no podría realizar si no contara con el recurso exterior que hace de él uno de los más grandes ejecutantes que hemos oído.

Poco inclinado á la fantasía, á las interpretaciones instantáneas, se destaca por la admirable verdad de sus versiones, por el respeto invariable de las páginas en que penetra su profunda intuición de reconstructor de almas. Casi todas esas páginas han sido para el auditor un verdadero paisaje psíquico: Chopin, Beethoven, Bach, Liszt, pasaron en su instrumento prodigiosamente diferenciados, siempre iguales á sí mismos dentro de la fronda de las melodías accesorias.

El público que asistió á este primer concierto, ovacionó clamorosamente al señor Vianna da Motta, exigiéndole varios números fuera de programa.

Tendremos ocasión de ocuparnos detenidamente de los conciertos sucesivos.

JUAN PEDRO CALOU.

PEPITO ARRIOLA

Pepito Arriola se encuentra en Buenos Aires. Este famoso niño, célebre desde los tres años, y que á los quince — su edad actual — lleva ya recorridos triunfalmente los principales escenarios del mundo, ha querido también — como tantos otros grandes artistas contemporáneos — recibir la consagración de esta metrópoli, cuyos juicios han servido, varias veces, para consolidar ó disminuir reputaciones.

Le hemos visitado desde el primer momento y así hemos tenido ocasión de apreciar íntimamente sus méritos extraordinarios de ejecutante y, sobre todo, su bellas cualidades morales y su gran corazón.

Hasta tanto no se presente ante el público porteño, no abriremos opinión sobre el concertista; pero, en cambio, daremos á los lectores de NOSOTROS algo mucho más curioso: fragmentos de su historia, contada por él mismo, en ratos de expansión amistosa. Oigámosle:

—«De lo que me es interesante, ha ocurrido tanto durante mi primera infancia, que todo me parece un sueño. No recuerdo cuando comencé á tocar el piano, pues mi madre me dice que desde que me llevaba en brazos pugnaba por alcanzar el teclado. Me dicen también que cuando tenía cosa de dos años y medio, podía tocar fácilmente, después de oír mi madre, todo lo que estaba al alcance de mi mano. Me gustaba tanto la música y me divertía de tal manera recorriendo el teclado y sacando bonitos sonidos, que el piano fué en realidad mi primero y mi mejor juguete. Me encantaba oír tocar á mi madre, y continuamente le pedía que ejecutara algo, para que yo pudiera repetir las mismas piezas después de ella. No conocía

nada de la notación musical y todo lo hacía de oído, lo cual me parecía el modo más natural de tocar. Por esa época se dió aviso al Rey de España que yo mostraba talento musical, se interesó por mí y ejecuté algo en su presencia.

Poco tiempo después, Arturo Nikisch, Director de la «Gewandhaus Orchestra» de Leipzig, fué á Madrid á dirigir un concierto especial con la orquesta filarmónica. Alguien le dijo de mis aptitudes y permitió que yo tocara en su presencia. Se interesó tanto, que insistió en que me llevarán á Leipzig para estudiar. Yo tenía entonces cuatro años y aunque las ventajas musicales en España son cada vez mayores, mi madre pensó que era bueno seguir el consejo del gran músico, y me llevó á la ciudad alemana.

Mi primer maestro, después de mi madre, fué el señor Dreckendorf, de Leipzig. Fué muy bueno conmigo y se empeño bastante, pero la idea de aprender las notas me disgustó mucho. En menos de seis semanas sabía yo todas las escalas en octavas, sextas, terceras, dobles terceras, etc., etc., y mi maestro comenzó á dedicarme á estudios y piezas. Por primera vez encontré interesante la notación musical, porque comprendí que ya no necesitaba esperar á que otra persona tocara una pieza, antes de que yo pudiera comenzar á explorar sus bellezas. ¡Ah! eran maravillosos los primeros días que comencé á tocar piezas. Estaba en un país nuevo y difícilmente podía esperar aprenderlas una por una, pues estaba ansioso de llegar á la próxima y ver cómo sonaba. El señor Dreckendorf me puso algunos estudios de Dussek, de Cramer, Invenciones de Bach, etc.; pero pronto mi fascinación de tocar hermosas piezas fué tan grande, que difícilmente me podían apartar de ellas.

Tan impaciente estaba yo de conocer nuevas obras musicales, que cuando tenía ocho años y medio podía tocar de memoria piezas tales como el Scherzo en Si bemol menor, la Polonesa en La mayor y muchos de los valeses y estudios de Chopin. Tocaba también la 6.^a Rapsodia de Liszt y el Concierto en Do menor de Beethoven. Por esa época nos mudamos á Berlín y allí hemos vivido desde entonces; como usted ve, conozco más Alemania que España, mi tierra nativa. En suma, me parece más natural hablar alemán que español. A la edad de siete años, tuve la buena fortuna de estudiar con Alberto Jonás, el virtuoso español, quien por muchos años fué Director de una gran escuela musical de Norte América. Nunca se lo agradeceré

bastante, porque me ha enseñado sin remuneración y ni mi padre hubiera sido más bondadoso conmigo. La mayor parte de mi actual repertorio lo he adquirido con Jonás, quien ha sido muy exigente.

Tuvo también especial cuidado que mi educación musical fuera amplia y no se limitara á aquellos compositores cuyas obras me gustaban más. El resultado es que yo aprecio ahora las obras de todos los compositores para piano. Encuentro que Beethoven hace pensar. Aprendí la Sonata Appassionata en una semana y quería otra cosa; mi maestro insistió, sin embargo, en que fuera despacio y que dominara todos los pequeños detalles. Se me ha desarrollado gran predilección por Bach, porque me gusta investigar cómo enlaza sus melodías y hace de ellas tan bonitas cosas. Toco mucho de Bach, incluyendo la Fuga en Sol menor para órgano, que Liszt hizo la diablura de arreglar para piano. ¡Bien sabe Dios que ya era bastante fuerte para órgano en su forma original! No sé porque Liszt quiso hacerla más difícil. Por supuesto, Liszt es considerado como un gran pianista y yo toco sus obras con deleite, especialmente su «Campanella», con su hermoso efecto de campanas, pero no puedo considerar á Liszt como un compositor para piano, del mismo modo que uno piensa en Chopin. El Piano era el lenguaje natural de Chopin. El lenguaje de Liszt, como el de Beethoven, era la orquesta. Según la manera como él escribió sus obras, (las de piano) no conocía dificultades. En consecuencia, uno debe pensar en la orquesta cuando toca las obras de Liszt, mientras que las obras de Chopin sugieren solo el Piano.

Me encanta leer, y el libro que más me gusta es *Los Tres Mosqueteros*. He leído también algo de Schakespeare, Goethe, Schiller y de otros muchos escritores. Me gustan algunas partes de *Don Quijote*, pero me cansa leerlo todo. Yo creo que los que estudian música deben leer mucho. La lectura le hace á uno pensar y le dá pensamientos poéticos. La música, después de todo, no es más que una especie de poesía y si uno saca de los libros ideas poéticas, se vuelve más inspirado y nuestra música es más hermosa. El alumno que sólo piensa en golpear las teclas del piano, no puede tocar de modo que la gente experimente placer. Tocar el piano es algo más que oprimir las teclas. Uno tiene que decir á la gente cosas que no se pueden decir con palabras: eso es música.»

A. A. B.

“NOSOTROS”

Con este número termina una etapa más de la vida de NOSOTROS. Perseverantes en la empresa de dar al país una revista á la vez ágil y seria, en que todas las variadas manifestaciones de nuestro mundo intelectual tengan un eco y un comentario, y aleccionados por una experiencia de estas cosas que ya comienza á ser larga, hemos resuelto inaugurar el sexto año de existencia con una completa transformación de la revista.

El programa de las modificaciones proyectadas es extenso. Hasta la fecha no hemos cumplido más que á medias los propósitos que tuvimos en vista al publicar NOSOTROS.

Declaramos, sin embargo, con sencillez, que no estamos descontentos de nuestra obra. Hemos hecho cuanto hemos podido con los medios á nuestro alcance, en un ambiente que — pese á la vulgaridad de la comprobación — no es ciertamente todo lo abierto que sería de desear á la labor desinteresada del espíritu. Culpa del público y culpa de los hombres de letras. Algo más pensamos hacer, no obstante, desde ahora. La mayor estabilidad y amplitud que daremos á las secciones permanentes de Letras Argentinas, Americanas y Españolas, Bellas Artes, Música y Teatro Nacional, que serán puntualmente atendidas por conocidos críticos: y la creación de algunas nuevas secciones del mismo carácter, al hacer de NOSOTROS el fiel espejo de todos los múltiples aspectos de la vida argentina, en cuanto tiene de serio y de superior, han de elevarla en nuestro medio, así lo esperamos, á la altura á que han llegado en sus medios respectivos las mejores publicaciones similares europeas. Por otra parte, sin alterar sustancialmente la índole de la revista, bien conocida por nuestros lectores,

dejando amplio margen, como lo tenemos pensado, á la publicación de novelas, cuentos y dramas nacionales ó extranjeros, hemos de darle mayor variedad y amenidad, y de propender por lo mismo á su mayor difusión, cosa que de rechazo ha de contribuir á su continuo mejoramiento, con general beneficio.

Para responder á tales innovaciones se impone la modificación consiguiente de la presentación tipográfica de la revista: sus páginas serán aumentadas hasta 120 como minimum, lo que, armonizado con un formato y un tipo menores y un papel más delgado, nos permitirá ofrecer á nuestros lectores á igual precio, una lectura doble de la actual.

Esta transformación es la consecuencia de una transformación administrativa de NOSOTROS. Un núcleo selectísimo de hombres de letras, no menos interesados que esta dirección en crear en el país una sólida revista de arte, letras, historia y filosofía, que haga honor á la cultura argentina, ha sustituido en el manejo de NOSOTROS á la casa Albasio y Cía., constituyendo una sociedad anónima que pueda hacer frente con desahogo á todas las exigencias que las ampliaciones antedichas originen. La sociedad es ya un hecho realizado, de suerte que en el próximo mes de Setiembre nos hallaremos en condiciones de dar á nuestros lectores el primer número de la nueva serie.

Habrá entonces llegado el momento de hablar con mayor extensión de lo hecho y de lo que ha de hacerse, de la obra cumplida y de la obra soñada....

LA DIRECCIÓN.

NOSOTROS

AÑO VI - TOMO VIII

ÍNDICE

A

	<u>Páginas</u>
Adam Paul	El mito de Narciso 190
Alberini Coriolano	«La enseñanza de la historia en las Universidades Alemanas» 97
Arrieta Rafael Alberto	De «El espejo de la fuente» (versos) 35
Aymerich Juan	Rosal viejo... (versos) 95

B

Barrenechea Mariano A.	«Los orígenes argentinos» 215
Bianchi Alfredo A.	Pepito Arriola 242
Bonet Carmelo M.	El crepúsculo 211

C

Calou Juan Pedro	Crónica musical 162, 238
Capello Francisco	Giovanni Pascoli 37

D

Dellepiane Antonio	El progreso y su fórmula 5
Dirección La	«Nosotros» 245

G

Garnier José Fabio	El retorno (drama) 124
Grieben	Osvaldo Magnasco (silueta) 187

I

Ibarlucia Armando	Versos 209
-------------------	------------

L

Linnig Samuel	Teatro Nacional 67
---------------	--------------------

M**Magnasco Osvaldo**

Prólogo al «Nerón» de Agote 169

Mas y Pi Juan

Un novelista del criollismo brasileño: Alcides Maya 145

Melián Lafinur AlvaroLetras Argentinas:
«Las chicas de mamá Pacholi,
«Árbol que canta», «Blasón de
Plata», «Versos de amor» 153, 228**Montagne Edmundo**

Otoño (de Albert Samain) 189

N**Noé Julio**
«Nosotros»El momento heroico 202
Notas y Comentarios 82, 166**O****Obligado Carlos**
Ojeda JoséElogio del verso español (versos) 122
Bellas Artes 65**P****Pandolfo Pío**
Pascoli Giovanni
Payró Roberto J.En secreto (versos) 221
La misa de oro 52
Del lado de afuera 89**R****Ragghianti Angelo**

El asceta del teatro: Ferruccio Garavaglia 223

X**X. X. X.**

Bibliografía 71